

LASDAOALPLAY presenta

LOS CASOS DE

VALENTINE CORSO

El retorno del pasado



1

Este caso empezó como todos los demás, en mi despacho. Como era costumbre los días en los que no tenía nada entre manos, pasaba las horas esperando a que un cliente cruzase la puerta acristalada de mi modesto y discreto local del Campo di San Lio. Mientras Ingrid ordenaba por enésima vez los papeles de los casos más recientes, yo veía pasar las horas recostado en mi asiento, hasta que no podía más y estallaba.

—Me voy a tomar algo con Johnny —afirmaba entre gruñidos haciendo referencia al restaurante asiático que tenía mi amigo en la misma plaza.

Y, con tono casi maternal, Ingrid respondía:

—Vale, pero no regreses demasiado tarde.

«¿Se preocupará por mi realmente o solo es su programación?», me preguntaba, como casi siempre que percibía afecto en sus gestos o sus palabras.

Hacía un tiempo que Ingrid trabajaba para mi... O mejor dicho, que trabajaba conmigo, y la relación con ella había superado esa primera etapa más tímida, y ahora ya nos habíamos acostumbrado el uno al otro. Sin embargo, muchas eran las veces que me entraban vértigos al hablar con ella, pero no podría discernir si se trataba por que era una androide —una de muy hermosa— o porque empezaba a sentir algo por ello que no debería. Pero esa vez, como todas las demás, sacudí la cabeza y regresé a la realidad justo cuando, ya con mi gabardina y mi sombrero puestos, empuñaba el pomo de la puerta para salir.

Unos firmes golpes en el cristal esmerilado de la puerta en la que el nombre de mi agencia, CORSO P. I. estaba serigrafiado me detuvieron.

No reaccioné, los golpes me habían distraído. Ingrid, desde su escritorio, me observaba, divertida.

Los golpes se repitieron, pero esa vez fueron acompañados por una voz que me era de sobras conocida.

—Corso, abra, soy Mastroianni.

Intercambié una mirada con Ingrid. ¿Qué cojones hacía el jefe de los *carabinieri* de Venecia llamando a mi puerta? ¿Debería preocuparme?

Sin que tuviera que decir nada, Ingrid se encogió de hombros y me animó a abrir la puerta, algo que enseguida hice, sobre todo cuando la voz del comisario

añadió:

—No me toque los huevos, Corso, que lo estoy viendo a través del cristal.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de mi querida androide.

Accioné el pomo y la achaparrada figura del comisario quedó frente a mí.

—Por fin —refunfuñó abriéndose paso sin ser invitado.

Saludó con un gesto de cabeza a Ingrid y se acomodó en una de las dos sillas que tenía habilitadas para mis visitas.

No iba solo, tras él apareció el inspector Orseolo, para mí un recién conocido, pero con el que ya había hecho buenas migas, hasta el punto de que se había unido a las partidas de póquer en el local de Johnny. Nunca estaba de más tener a un policía al lado cuando se organiza una timba ilegal, por casera que sea.

—Hola, Corso.

—Hola, Franco.

Sin esperar ninguna invitación por mi parte, imitó a su superior y ocupó la silla vacía que había a su lado.

Me quité la gabardina y la colgué junto con mi sombrero en la percha de la entrada. Regresé a mi escritorio y me senté tras el viejo ordenador de plástico gris y el intercomunicador holográfico.

—¿Debo preocuparme? —pregunté, irónico.

Los dos policías se miraron y, sin ninguna sorpresa, fue Mastroianni el que habló.

—No... Por ahora.

Interrogué con la mirada al comisario. Aunque siempre mi silla me daba cierta autoridad para enfrentarme a mis clientes, con Mastroianni estaba tan inquieto como cuando el encuentro tenía lugar en su despacho. Era un hombre que imponía, siempre.

—Hemos venido a verlo porque su nombre ha aparecido en relación a un caso que el cuerpo de *carabinieri* está investigado.

—¿Y compartirán la información de un caso abierto con un sabueso como yo? —pregunté con sorna.

Orseolo sonrió, pero Mastroianni apretó los dientes.

—No estoy para jueguitos, Corso —dijo masticando las palabras—. El tema es serio, hay víctimas mortales.

El silencio se apoderó de mi despacho en cuanto las dos últimas palabras

salieron de la boca de Mastroianni.

—¿Víctimas? —repetí.

—Así es, detective. Varias víctimas. Chicos jóvenes —aclaró.

Enarqué una ceja, suspicaz.

—¿Y necesitan mi ayuda?

—No —respondió cortante Mastroianni—. Ya le he dicho que su nombre a aparecido durante la investigación.

—¿Para bien o para mal?

—Por ahora, lo primero.

—Pues, usted dirá, comisario, me tiene en ascuas.

—Por lo que sabemos se trata de un caso que ya investigó...

—Ingrid, prepárate para buscar en el archivo y...

Interrumpí al comisario por querer avanzarme por lo que tuviera que preguntar, pero en seguida fue él el que me cortó.

—El caso es de antes de que llegara a la Serenísima.

—¿De antes? Antes no era...

Al pensar en ese «antes» me quedé sin palabras.

—El caso es de hace cinco años, Corso. De cuando todavía Europa estaba sumida en la guerra.

Me froté la frente. Sentí el tacto húmedo del sudor frío que empapaba todo mi cuerpo.

—¿De cuando estaba en el frente del Mosa, verdad?

Un picor me recorrió todo el cuerpo.

—Eso me temo, Corso —afirmó Orseolo.

Me eché para atrás en mi silla, haciendo que chirriase bajo mi peso.

—Pues menuda mierda...

—Lo supongo.

—Entonces, deduzco que las víctimas están siendo encontradas de la misma manera, ¿no?

Mastroianni asintió con la cabeza.

—Así es. Al comparar las características de los crímenes con casos anteriores, nos ha salido una coincidencia en los archivos franceses que, curiosamente, lo investigó un teniente del Ejército Estadounidense.

Mientras los dos policías y un servidor hablábamos, me di cuenta de que

Ingrid seguía la conversación como si se tratara de un partido de tenis. Aunque sin saber exactamente de qué estábamos hablando. Para nosotros todo tenía un sentido, pero para alguien que fuera ajeno a los hechos, era totalmente indescifrable.

—¿De qué están hablando? —preguntó.

—De mi primer caso. Yo era ese teniente del ejército —respondí, cortante.

Nunca le había respondido así. Siempre había sido muy amable con ella, pero evocar los recuerdos de años atrás me había incomodado hasta el punto de responder de esa manera tan abrupta.

—Lo siento... —Intenté disculparme, pero Ingrid, tan comprensiva como siempre, sacudió la cabeza negativamente y me permitió que siguiera con aquella inesperada reunión.

Dirigí la mirada de nuevo hacia el comisario y, con una sola caída de ojos, le hice entender que podía proseguir. Aunque me podía imaginar por dónde iban los tiros, prefería que Mastroianni terminara de explicarme del porqué estaban aquí.

—Desde hace unos meses han ido apareciendo víctimas de este atacante. Chicos, sin otro rastro de violencia que un tiro certero en mitad de la frente hecho con un calibre muy particular de arma...

—La reglamentaria del ejército —intervine.

—Exacto —respondió el comisario—. Al principio no le dimos mayor importancia, no los relacionamos, los interpretamos como homicidios vinculados al crimen organizado. Ya sabe, ejecuciones.

Asentí.

—Hasta que el inspector Orseolo le puso su hocico... A pesar de pertenecer al departamento de robos. —Lo último sonó a reproche, pero estaba claro que la intuición del inspector había sido lo suficientemente buena como para disculparle su intromisión.

—Sí, fue pura casualidad —dijo tomando la palabra el inspector—. Sin quererlo me topé con la desaparición de una arma de una colección privada, un revólver reglamentario de los Aliados. Y al rastrearlo coincidió con algunos de los susodichos homicidios. Concretamente con aquellos que se había podido determinar la marca de carbono de la herida.

—Las pruebas técnicas siempre me habían aburrido, soy más de deducciones y de hechos probables, pero este hallazgo le daba a todo los homicidios un

sentido completamente diferente al que les habíamos dado hasta entonces — explicó el comisario—. Por ello se hicieron pruebas complementarias y todos los crímenes se relacionaron entre sí, sacándolos del cajón de sastre del crimen organizado y pasaron a ser obra de un solo asesino... de un asesino en serie que está actuando impunemente en Venecia desde hace meses.

El silencio se apoderó de mi despacho. Ellos me habían hecho partícipe de la investigación oficial, ahora tocaba pasar a lo privado. Pero antes tenía una pregunta.

—¿De cuantas víctimas estamos hablando?

—Dieciséis.

La respuesta de Orseolo cayó como un cubo de agua fría a todos los presentes. Eso no eran dos o tres, o incluso cuatro, se trataba de algo mucho más grave. Dieciséis víctimas de un mismo asesino sin nada que pudiera detenerlo era un problema.

Profesional como él solo, Mastroianni retomó el hilo de la conversación.

—Como comprenderá, informamos a las instancias superiores y estas informaron a la comunidad internacional para que estuvieran alertados de la existencia de este asesino, que podría moverse sin problemas de un lugar a otro. —Carraspeó, tomó aire y continuó—: Fue entonces cuando, para mi sorpresa y la de todos, apareció su nombre.

Sonreí.

—Ahora ha llegado el momento de la verdad, ¿por qué han venido? — pregunté.

—¿De verdad nos lo pregunta?

—Sí, por favor, ilústreme.

Mastroianni resopló hastiado, pero fue Orseolo el que respondió.

—No seas pesado, Corso. Un asesino con el que coincidiste en el pasado ha vuelto a actuar cinco años más tarde en la ciudad dónde vives. Es evidente, ¿no?

—Suponéis que va tras mi cuello, es eso, ¿no?

—Claro.

—¿Y por qué no ha hecho nada hasta ahora? Si supuestamente viene a por mí, como es que lleva meses matando chicos inocentes.

—Le está provocando, Corso. Está esperando el mejor momento para echarse a su yugular.

Con esas palabras me contaron lo que yo ya había concluido en cuanto entraron y me hablaron de ese antiguo crimen que tuvo lugar cuando estaba en el ejército.

—De acuerdo, supongamos que es así. ¿Qué queréis de mí?

—También es bastante evidente, ¿no?

Sonreí de nuevo y con sorna.

—Creéis que estoy loco, ¿verdad?

—No, pero...

—Pero nada —dije cortando a Orseolo—. Si buscáis un anzuelo, id al mercado.

—No sería actuar como anzuelo, Corso —dijo el inspector rápidamente—. Participarías de la investigación a la vez que lo harías salir de su escondrijo.

—¿Con la esperanza de que se centre en mí y deje de matar a chicos?

—Ha dado en el clavo, detective —sentenció Mastroianni, claramente cansado de aquel combate dialéctico.

Nadie dijo nada. Todos nos observábamos en silencio. Pero en mi fuero interno reinaba el caos, los pros y los contras discutían con fiereza.

Miré a Ingrid, ella clavó sus azules pupilas en las mías y asintió.

—De acuerdo, lo haré.

Los policías sonrieron.

—No esperaba menos de usted, Corso.

—Gracias —añadió Orseolo—. Nos pondremos en contacto cuando llegue el momento de actuar, ¿de acuerdo?

Asentí.

Ambos *carabinieri* se levantaron, me estrecharon la mano y se despidieron cordialmente antes de desaparecer por la puerta acristalada de mi despacho.

—¿Dónde me acabo de meter? —pregunté al aire, era retórica.

—Estás haciendo lo correcto.

La androide abandonó su escritorio, se acercó a mí, que permanecía sentado, y me pasó su brazo sobre mis hombros, obligándome a apoyar mi cabeza en su cuerpo.

—¿Tan peligroso es ese hombre?

—No te lo puedes imaginar.

—¿Fue tu enemigo?

Reí por la nariz.

—Peor, fue mi amigo.

2

Todo empezó cinco años antes, en los bosques a las afueras de Verdún, al norte de Francia. Podría hablar de la belleza de ese mar de árboles, del aire puro que llenaba mis pulmones y de un sinfín más de cosas hermosas que estimulaban mis sentidos, pero poco de todo eso se podía contemplar desde el agujero de la trinchera en el que me encontraba.

Lo triste de todo el asunto era que a pesar de todo, de la suciedad, el polvo, las explosiones lejanas, el miedo a ser abatido por un francotirador enemigo, la falta de comida y de horas de sueño, se podría decir que aquel mes de mayo del año 2044 fue bastante tranquilo. El fuego cruzado entre trincheras había cesado casi del todo, los grandes capitostes estaban negociando algo de lo que los soldados de a pie no teníamos ni idea y la nube de polvo levantada por las bombas que solía cubrirnos a todos se había disipado lo suficiente como para que el astro solar nos pudiera regalar algún que otro agradable rayo de sol primaveral.

Hacía unos días que mi batallón estaba descansando, con los pies en el barro, pero descansando al fin y al cabo. Por lo que algunos de nosotros habíamos empezado a sonreír de nuevo e, incluso, de vez en cuando nos concedían breves permisos para regresar temporalmente a la civilización de las pequeñas ciudades de la región para comprobar que el mundo seguía girando y darnos un motivo para salir vivo de aquel infierno en el que se había convertido el frente oriental.

Por ese motivo, cuando un soldado de uniforme impoluto y las insignias del Cuerpo de Comunicaciones apareció en la trinchera, se plantó ante mí y me entregó un pequeño papel, pensé que se trataba del mencionado permiso que me permitiría proseguir con aquel descanso en un lugar más agradable.

Mis compañeros aplaudieron, dejando atónito al joven soldado que miró a su alrededor sin comprender a qué venían aquellas risas y silbidos de victoria en un lugar tan detestable como en el que se encontraba.

—Corso se va de viaje —exclamó uno.

—Podrá probar las mieles de la antigua Francia...

—Y de las jóvenes francesas —añadió otro con una sonrisa lujuriosa en el rostro.

Los observé y ladré, sin dejar de jugar con ellos:

—¡Callad, depravados!

Todos se dejaron llevar por las carcajadas.

Mientras seguían riendo y hablando entre ellos, yo me percaté de algo que me llamó la atención: el soldado, a diferencia de ocasiones anteriores que un uniformado del cuartel había traído permisos, no se había largado en cuanto había podido. No, en su lugar permanecía de pie frente a mí.

—¿Espera algo, soldado?

—Sí, mi teniente.

—¿El qué?

—A usted.

Levanté una ceja con suspicacia e hice callar al gallinero que me rodeaba.

Mientras las voces de mis compañeros menguaban de volumen al comprender que aquello era serio, bajé la mirada al papel que sostenía entre las manos creyendo que era una invitación a la versión más cercana del paraíso que nos podíamos permitir hombres como yo.

Abrí el pequeño sobre y leí las pocas líneas que contenía.

—Me llaman del cuartel general —expliqué—. Me piden que acuda cuanto antes frente a los oficiales para una tarea especial.

Todos me miraron decepcionados. Aquello, en argot militar, podía significar muchas cosas, pero estaba claro que ninguna buena.

—Me han ordenado que le esperé a que lo prepare todo para acompañarle al cuartel, teniente.

Bajé la mirada, guardé el papel en el bolsillo de mi guerrera y me levanté.

—Por desgracia, soldado, no tengo mucho que preparar —me colgué el rifle al hombro—. ¿Nos vamos?

El soldado se sorprendió, tal vez esperaba que hiciera mi petate, pero eso solo lo haría en dos situaciones: un permiso o que regresaba a casa después de la guerra.

Sin más, el soldado se puso firme, me saludó como si acabara de salir de la academia y emprendió la marcha por el camino que había venido. Sin prisa, lo seguí, no sin antes girarme un instante y mirar a mis muchachos.

—Chicos, guardad algún boche para mí, regresaré a terminar esta guerra.

Todos estallaron en vítores, aplausos y risas.

Lo cierto era que yo, al igual que todos ellos, ya nos habíamos cansado de

matar enemigos —fueran alemanes o no—, pero chanzas como aquellas eran las que nos permitían seguir adelante en aquel horrible día a día en el que nos había sumido aquella guerra que ya se había alargado demasiado tiempo.

A pesar de lo que uno podría pensar por la diferencia del paisaje, el cuartel no estaba tan lejos del frente. No tardamos demasiado en llegar. Tras salir de las trincheras y recorrer unos pocos kilómetros de paisaje desolado, los árboles empezaron a aparecer unos tras otros hasta formar primero pequeños grupos, hasta convertirse en frondosos bosques propios de la región. El camino dejó de ser un trozo de tierra árida gastada por el paso de soldados y vehículos, para pasar a ser bonitas sendas enmarcadas por grandes árboles a través de cuyas hojas pasaban los rayos de sol.

«Todo muy bucólico... para un campo de batalla», me dije para mis adentros a la vez que me aparecía una sonrisa socarrona en el rostro.

El soldado, cuyo nombre nunca supe, me miró con un poco de desprecio al estar sonriendo en un contexto como aquel.

—¿No le está permitido sonreír, soldado?

—No, salvo que me lo ordenen, teniente.

No intercambiamos más palabras, estaba claro que pertenecíamos a dos mundos diferentes. Yo era carne de trinchera, él, el frente solo lo vería de lejos, cuando viniera a traer malas noticias.

Nuestra relación se terminó cuando nos detuvimos frente al viejo *chateau* que acogía el cuartel general de nuestra zona militar. Saludó a los guardias, intercambió un par de palabras con ellos y, a partir de ese momento, yo dejé de ser su problema. Me saludó por mi rango, no por educación, y desapareció por el patio de aquel hermoso y malogrado *chateau*.

Los guardias —ambos luciendo el brazalete de policía militar— me hicieron un gesto y me «invitaron cordialmente» a acompañarlos rasgando unas palabras casi incomprensibles a través de su mandíbula bien cerrada.

Los seguí obediente hacia el interior del edificio y me dejé llevar por un mar de pasillos dignos del mejor Versalles, pero que ahora estaban atestados de militares, cables, ordenadores y gente yendo de un lado a otro con prisas.

Nadie se percató de mi presencia o, mejor dicho, nadie me prestó atención. Creo que cruzamos todo el castillo de un extremo al otro, hasta que llegamos a unas altas y labradas puertas pintadas de color dorado. Los guardias se detuvieron y golpearon la puerta.

—Adelante —se oyó una voz masculina, grave y calmada desde el otro lado.

Los dos policías militares abrieron la puerta de doble hoja, saludaron con un grave toque marcial y uno de ellos dijo:

—El teniente Corso ha llegado, mi general.

—Excelente. Pueden retirarse.

Los dos hombres obedecieron, salieron y cerraron la puerta tras ellos.

El oficial superior se levantó de la silla que hacía juego con las puertas, la mesa y toda la decoración de aquella sala y se acercó a mí extendiendo una mano.

Instintivamente lo saludé llevándome la mano a la frente y cuadrándome.

Él sonrió.

—No hace falta tanta ceremonia, Corso.

Lo interrogué con la mirada.

—Hoy está aquí en calidad de invitado, no de teniente del ejército.

Lo seguí mirando con suspicacia.

—No tiene ni la más remota idea de porqué lo hemos llamado, ¿verdad?

—Ni la más mínima... Por algo malo, seguro, general.

El hombre sonrió por mi ocurrencia.

—Tiene toda la razón, es por algo malo, pero no por lo que imagina usted.

Justo en ese instante, por una puerta lateral irrumpieron dos oficiales más, también generales de muchas estrellas —las suficientes para estar en ese castillo, pero no las necesarias como para pasar la guerra en París o Londres—, charlando con aire preocupado.

—Habéis llegado en el momento oportuno.

No se presentaron y el general que parecía el anfitrión tampoco lo hizo. Era como si aquel encuentro tuviera que permanecer en el más puro anonimato. Sin embargo, por sus uniformes pude deducir que estaba frente a un francés y un inglés, mientras que el que me había recibido era claramente americano, por su acento.

«La Alianza en todo su esplendor», pensé.

—Este es Valentine Corso, el teniente que tanto nos interesaba ver.

Los dos hombres callaron y permanecieron a la expectativa.

El general americano se dirigió a mí de nuevo.

—Verá, Corso, lo hemos hecho venir por una cuestión no oficial, externa al ejército y, probablemente, a la guerra.

A cada frase que ese hombre pronunciaba me descolocaba aún más.

—Lo siento, general, pero sigo sin comprenderlo. Solo soy un soldado de trinchera. No sé como puedo ayudarles.

—¿Usted se estaba preparando para ser policía, cierto?

La pregunta me pilló por sorpresa, completamente desprevenido. Estaba claro que no me había llamado por casualidad, esos tres hombres se habían leído mi archivo... o al menos le habían ordenado a alguien que les hiciera un resumen.

—Sí, pero no pude terminar, ya sabe, la guerra.

Los tres sonrieron.

—No se preocupe, para el caso que nos ocupa es suficiente con que se haya formado parcialmente como policía.

—Verá —intervino el francés, con su marcado acento en cada palabra que pronunciaba—, desde hace unos meses en la región están apareciendo cuerpos sin vida de hombres jóvenes, todos ellos sin más rastro que un tiro en la frente.

—Discúlpennme la pregunta, pero ¿de eso no se puede ocupar la policía local?

—Eso pensábamos nosotros —dijo el inglés—, hasta que nos topamos con dos hechos preocupantes para los ejércitos aliados: algunos de los chicos son jóvenes reclutas que creíamos desaparecidos en el campo de batalla y el arma con el que se ejecuta a las víctimas es un arma reglamentario del ejército... como la que usted mismo lleva en el cinto.

Inconscientemente bajé la mirada hasta la cartuchera que colgaba en mi cadera derecha.

—Por lo que nos hemos visto obligados a intervenir —sentenció el inglés.

Alcé las cejas sorprendido, aquella historia cada vez era más rocambolesca.

—Lo entiendo, pero ¿qué pinto yo en todo esto? ¿No existe un servicio de investigación interna? ¿La policía militar?

—Sí, sí, sí... —Me detuvo el americano—. Ya hemos contemplado todas esas opciones, pero tienen un problema.

—¿Cuál?

—Son oficiales. Todas ellas abrirían informes e investigaciones protocolarias

que llegarán hasta las más altas esferas. Y sea cual sea el resultado, perjudicaran gravemente la imagen del ejército. Y eso es algo que no nos podemos permitir.

Como un rayo todas las piezas, todos esos hechos y mi relación con ellos tuvieron un sentido.

—Y han buscado a un sabueso que tenga nociones de investigación para que les saque las castañas del fuego sin armar mucho revuelo.

Ahora fueron los tres hombres los que sonrieron.

—Ha dado en el clavo, Corso —espetó el francés.

—Aunque en realidad hemos buscado a dos sabuesos —aclaró el inglés.

Enarqué una ceja.

El francés se acercó a la puerta por la que había aparecido con su compañero y la abrió, dejando pasar a un hombre ataviado con el uniforme estadounidense y los galones de cabo.

—Le presento al cabo Markham, Rick Markham —explicó el americano—. Al igual que usted, estudió para policía, pero ya sabe, la guerra.

Sonreí, un general no te copia un chiste cada día.

Cuando Markham estuvo a mi lado, nos estrechamos la mano con educación y en seguida sentimos que había química entre nosotros, que podríamos formar un buen equipo.

—Ambos serán apartados del frente mientras dure la investigación —prosiguió el general americano y de su impoluta guerrera extrajo dos documentos que nos entregó sin solemnidad alguna—. Con estas acreditaciones tendrán absoluta libertad de movimientos y solo responderán ante nosotros. Revisen todas las pistas, sigan todos los rastros y atrapen al cabrón que está dejando en mal lugar a nuestros ejércitos.

En ese instante Markham hizo la pregunta que también corría por mi cabeza.

—¿Vivo o muerto?

—¿Qué quiere decir, cabo? —preguntó el inglés.

—Si quieren al culpable vivo o muerto, mi general.

Los tres hombres se miraron entre sí y sus miradas resueltas no dejaron lugar a dudas, pero el británico concluyó:

—Lleguen hasta donde sea necesario, caballeros.

3

Después de unas pocas órdenes más y la entrega de una carpeta a la vieja usanza —y para evitar filtraciones tecnológicas—, los generales se despidieron de nosotros sin ninguna ceremonia más que desearnos suerte en nuestra caza.

Una vez fuera, en el patio del *chateau* y todavía desubicados por las instrucciones recibidas, Markham y un servidor nos miramos desconcertados.

—Nos han convertido en detectives, ¿no?

—Eso parece —respondí con media sonrisa en mi rostro.

Lo cierto era que no sabíamos que hacer. Ambos habíamos sido enviados a ese rincón de Francia para matar alemanes, no para investigar asesinatos; pero sin comerlo ni beberlo ahora estábamos en mitad de un caso.

Sin salir de nuestro asombro, nos miramos y después dedicamos una mirada a la carpeta que Markham sostenía en las manos.

—Bueno, será cosa de ponerse al trabajo, ¿no?

Asentí.

Casi como si hubiéramos trabajado toda la vida juntos, abandonamos el edificio que alojaba el cuartel general y nos desplazamos hasta un barracón que estaba en los terrenos que rodeaban al *chateau*. No lo sabíamos, pero, como el resto de construcciones de campaña, esta seguro que se había levantado apenas unos meses antes. Además de acoger los dormitorios de los soldados destinados al *chateau* y una pequeña enfermería, también había un espacio para un comedor comunitario del que salía un agradable olor a comida de rancho. En cualquier otro momento yo lo habría catalogado de bazofia, pero después de meses con raciones liofilizadas de trinchera, aquello me olía a gloria.

Cruzamos las puertas y el calor de las cocinas nos envolvió. El espacio era amplio con mesas largas que recorrían todo el comedor y lámparas colgadas a intervalos. Aquella hora de la mañana, había poca gente, así que nos sentamos en el extremo de una de las mesas, justo debajo de una luz y abrimos la carpeta.

Después de un par de hojas con las habituales notas oficiales de la burocracia del ejército, aparecían los informes de las autopsias parciales que se habían hecho en secreto y a toda prisa, no por falta de interés por resolver el caso, sino por la necesidad de tapar todo el asunto. Las primeras eran más completas, por el mero

hecho de haberse realizado sin prejuicios, pero a medida que alguien había comprendido que había una relación y el nexo de un asesino que se dedicaba a ejecutar a hombres jóvenes. Una vez se veía que era una víctima más, las explicaciones del forense eran más bien escuetas.

—No será fácil —dije.

Markham asintió, mientras examinaba con cuidado las pocas pruebas forenses de las que disponíamos.

En mitad de una guerra, víctimas con tiros certeros en mitad de la frente puede que no fueran habituales, pero tampoco sorprendían.

—¿Por dónde empezamos, teniente? —me preguntó.

Lo miré de reojo y me levanté de mi asiento para acercarme a la barra. Pedí dos tazas de café y lo que parecían unas pastas dulces. Pagué con mi identificador y regresé a la mesa.

—A partir de ahora para ti no soy teniente, somos compañeros, ¿sabes por qué?

Se encogió de hombros mientras le dejaba la taza y el plato frente a él.

—Porque nos ha caído un marrón encima que tenemos que resolver... juntos.

Sonrió. Le había dicho una verdad como un templo y no se podía reaccionar de otro modo.

Di un sorbo de mi café, o lo que fuera eso, aunque estuviera mucho mejor que el soluble que tomaba en la trinchera y dejé la taza en la mesa, al lado de la carpeta abierta y los informes esparcidos.

—¿Qué experiencia tienes en casos como este? —pregunté.

—Poca cosa —respondió mientras masticaba un trozo de su pasta—, empecé la instrucción para la policía de Chicago y apenas había terminado la formación me llamaron a filas. ¿Y tú?

—Más o menos igual —respondí lacónicamente—. Hice un poco más y, por eso, cuando me tocó venir aquí me designaron como oficial de un batallón. Pero jamás llegué a pisar las calles.

Markham alzó las cejas, siendo cómplice de cómo se tomaban las decisiones en el ejército como para meter a dos aprendices de policía a investigar el caso de un asesino en serie.

Terminé mi pasta, di otro sorbo a mi café y me abalancé sobre las hojas.

—A ver, creo que podemos encarar este asunto por dos lados. El primero, ver

quiénes eran las víctimas, por si había una relación entre ellos. El segundo, hablar con los que hicieron las autopsias, a ver si nos pueden decir algo más que lo que escribieron en los papeles.

—¿Un divide y vencerás? —propuso Markham.

—No, creo que todavía no, cuatro ojos verán más que dos. Pero creo que primero necesitaremos una cosa.

—¿El qué?

No respondí, solo miré a los dos soldados de medidas que imponían —auténticos armarios empotrados— que lucían sendos brazaletes de la policía militar.

Aunque le costó aceptarlo, el capitán al mando de la sección de la policía tuvo que aceptar que nos prestaran dos de esos brazaletes que abrían todas las puertas; sobre todo cuando les mostramos nuestras acreditaciones especiales.

—¿Esto va en serio? —preguntó masticando las palabras, que estaba teniendo que tragarse.

—Sí, pero si duda de nosotros, solo tiene que llamar.

Nos dejó en su despacho, llamó y regresó al cabo de un rato, con dos brazaletes.

—Aquí los tienen, pero los quiero de vuelta como nuevos.

Ambos respondimos con un: «por supuesto, mi capitán», los cogimos y salimos.

Convertidos en oficiales de la policía militar, requisamos un *jeep* y lo condujimos lejos del *chateau*, concretamente a una vieja fábrica que ahora era el mayor hospital de la región y en el que se habían realizado la mayoría de las autopsias de las víctimas.

No tuvimos que dar demasiadas explicaciones y en poco rato nos reuníamos con un médico con un delantal de plástico amarillo manchado de sangre del pecho hasta los tobillos.

—Perdonen mi aspecto, pero hoy hemos tenido la visita de los heridos del frente del norte —dijo excusándose, como si la guerra fuera su culpa.

Se limpió las manos en un pequeño lavabo que tenía a un lado y nos invitó a

seguirlo hasta un despacho escondido tras un par de biombos.

—Somos Corso y Markham y estamos investigando un caso en particular — dije queriendo sonar lo más profesional posible.

—Lo sé, ya me han informado que preguntaban por unas autopsias, ¿no? Estaba claro que el médico iba al grano.

—Así es —respondí.

—Pues están de mala suerte, porque ya lo puse todo en los informes. No tengo nada más que añadir —fue directo, estaba claro que no quería perder el tiempo.

—Lo comprendemos perfectamente, pero hemos visto como los informes se hacían cada vez más... cómo decirlo... escuetos. —Yo también quise ser claro.

—¿Sabe que está en una guerra, teniente? —Una pregunta retórica—. Cada vez tengo menos tiempo como para dedicarlo a informes que nadie se leerá.

—Nosotros nos los hemos leído —intervino Markham.

El médico sonrió, mi compañero lo había dejado en jaque.

—¿Y qué quieren que les diga? —Claudicó, pero hastiado.

Estaba claro que había algo que nos podía explicar, pero que si lo hubiera hecho constar en los informes le hubieran hecho demasiadas preguntas. Unas preguntas que le hubieran apartado de lo que realmente era importante en aquel momento: salvar a hombres heridos.

—Lo que sea que pueda llevarnos por el camino correcto —respondí—. Algo que le haya sorprendido o extrañado de los cuerpos que ha examinado.

El médico alzó las cejas. La mirada la tenía cansada, como todos los que estábamos en aquel lugar del mundo.

—No lo vi en la primera autopsia ni en la segunda —confesó cruzando las manos sobre su escritorio—, pero cuando tienes un cadáver sobre la mesa que te recuerda a los dos anteriores, empiezas a preguntarte cosas y a cuestionarlo todo. ¿Me siguen?

Los dos asentimos.

—Las víctimas que han pasado por mi mesa, al menos las relacionadas con este supuesto caso que están investigando, todas eran casi iguales las unas a las otras. Hombres jóvenes, chicos. De aspecto afeminado, efebos que se dice. —Hizo una pausa durante la que tomó aire—. A pesar de la guerra, sus pieles eran blancas y sus cabellos claros. Si me permiten la expresión, parecían ángeles.

Aquello estaba tomando una dirección, cuanto menos, interesante. Con la mirada lo invité a que siguiera hablando.

—Por si esto no fuera suficiente, lo que me sorprendió fue que llegaban a mi mesa impolutos, y más teniendo en cuenta las circunstancias que nos rodean. Además, por el aspecto y el mundo en el que vivimos, podríamos pensar que llegarían con heridas típicas de este tipo de perfiles, tanto de víctimas como de atacantes.

—¿A qué se refiere? —preguntó Markham.

—No tenían más herida que la que les quitó la vida...

Yo lo había comprendido, pero la mirada que Markham le dedicaba al médico dejaba claro que él no lo terminaba de comprender.

—No habían sido violados de ningún modo —sentenció el médico.

Markham se echó para atrás, atónito.

«Ahora lo ha pillado», pensé con una sonrisa.

—Es decir, a usted le sorprendió que estos jóvenes aparecieran solo con el disparo en la frente, sin que hubieran sufrido antes, ¿no? —pregunté.

—Exacto. Y, como comprenderán, esa fue una información que tuve que reservarme. La situación no está para perseguir a violadores de chicos jóvenes, y más cuando estos están muriendo a millares en el frente... —Hizo una pausa y nos miró a ambos—. Pero veo que las «instancias superiores» opinan lo contrario.

—Así es... Aunque tampoco quieren que conste nada de todo esto —le expliqué, quería tener una entente cordial con el médico, por si nunca fuera yo el que estuviera en sus manos.

—Tampoco me sorprende. —Se recostó en la silla.

Markham y yo intercambiamos una mirada cómplice, con unas pocas preguntas habíamos descubierto que el perfil de las víctimas era más bien claro.

—¡Ah! —exclamó el médico—. Y me olvidaba una cosa. A lo largo de mi carrera, dentro y fuera del ejército, he visto muchas heridas de disparos. Pero algo que también me sorprendió de las víctimas fue la perfección del disparo que tenían en la frente. Un agujero nítido, limpio, sin más rastro que las trazas térmicas típicas de estas armas.

—¿Puede que los limpiasen después de matarlos?

—No, estoy seguro de que no. Es más bien como si el arma estuviera modificada para que la intensidad del disparo se concentrara en ese punto en

particular.

En ese momento fui yo el que me recosté. Aquello era todavía más interesante.

Una arma modificada indicaba dos cosas: una premeditación en el crimen y una mente con conocimientos para llevar a cabo dichas modificaciones. Por lo que estábamos ante un cerebro perturbado, pero también brillante.

—Creo que nos ha sido de mucha más ayuda de la que cree, doctor —dije haciendo ademán de levantarme.

—¿Ya está? —preguntó Markham.

—Sí, por ahora sí.

El médico nos miró y también se levantó.

Agradecemos su tiempo y su ayuda y abandonamos aquel lugar antes de que las desgracias de la guerra nos impidieran seguir adelante con nuestra misión.

4

Lo cierto es que el avance en la investigación que creía haber obtenido en la charla con el médico me envalentonó y me hizo pensar que conseguiría cerrar el caso en un día. Me equivocaba. Esa primera parte fue la fácil. Aunque había más médicos involucrados en las autopsias, poder hablar con el que se había hecho cargo de ocho de las once víctimas, era un punto a nuestro favor.

Sin embargo, cuando tomamos la segunda vía de investigación, la de investigar en los casos personales de cada uno de los cadáveres, nos topamos con un muro, que no era infranqueable, pero sí bastante difícil de sortear. Cada uno de aquellos chicos pertenecía a una unidad diferente, procedía de un lugar diferente y no parecía tener nada más en común con los otros salvo el aspecto físico que era lo que atraía al atacante. Por si fuera poco, con los chicos que pertenecían al ejército aún teníamos cierta facilidad por encontrar su informe y cierta información, pero con los franceses la cosa se complicaba. No eran chicos de la región, sino atraídos por los beneficios que podrían sacar de estar cerca del frente, por lo que no existía un archivo que consultar, no tenían un pasado, apenas tenían un presente antes de su muerte, poca o ninguna gente los conocía.

Así pues, lo que creí que sería cuestión de unas horas o de unos pocos días, se convirtió en un asunto que duró semanas.

A regañadientes regresé dónde se encontraba mi batallón para recoger mis cosas y armarme un petate, a la vez que ponía al día a mis chicos que, decepcionados, tuvieron que decirme adiós, sabiendo que podría ser la última vez que nos viéramos. Pero aquello era la guerra, al menos nos habíamos podido despedir.

Durante aquel tiempo, con Markham recorrimos kilómetros de frente, visitamos trincheras y barracones, lugares en los que habían estado destinadas las víctimas e, incluso, nos acercamos a las ciudades que había alrededor en los casos que sabíamos que habían tenido un permiso. Husmeamos en hoteles y hostales de mala muerte repartidos en los barrios más empobrecidos de Verdun, Bar-le-Duc, Belleville o Boulogny, así como en los tugurios frecuentados por los soldados de permiso de estas ciudades. Y, poco a poco, nos dimos cuenta de algo: aquellos chicos eran como todos los demás soldados. Habían pasado las horas en la

trinchera, como lo había hecho yo, tenía amigos en mi batallón, pero para el resto de la humanidad era un auténtico desconocido. Y si habían salido de la trinchera había sido para ir de permiso a una «gran ciudad» de la zona, beber para olvidar los horrores del frente y, como mucho, echar un clavo por un puñado de dólares con alguna mujer de la zona. Por decirlo de algún modo, no teníamos nada.

Lo único bueno que había tenido nuestra investigación es que desde que habíamos empezado, los crímenes habían cesado. ¿El asesino sabría de nuestro trabajo y estaba escondido en su madriguera? ¿O simplemente se había ido a otro lugar y nosotros no sabíamos de nuevas víctimas porque habían tenido lugar en los Alpes o en Bélgica? No teníamos ni idea, pero el hecho de no tener más cadáveres nos alentaba a seguir adelante, con la esperanza de atraparlo antes de que fuera demasiado tarde.

Una húmeda mañana después de nuestro único avance, estábamos afincados en el rincón de un barracón —que se parecía a todos los demás que poblaban el frente—, con dos tazas de café frente a nosotros y dos caras largas en nuestros rostros.

—¿Qué sabemos? —pregunté por enésima vez aquellos días.

Markham me miró. A esas alturas ya sabía que aquella era mi manera de reorganizarme las ideas una vez más e intentar sacar algo de ellas, por lo que aceptó entrar en el juego.

—Las víctimas eran chicos jóvenes y de aspecto afeminado, por decirlo de algún modo, ejecutados con una arma reglamentaria modificada de nuestro ejército.

—¿Y de las víctimas francesas?

—No sabemos nada, ni tan siquiera podemos estar seguros de sus nombres.

Sorbí de mi taza y gruñí. Aquello era como darse golpes contra una pared.

Desesperado me rasqué la barba mal afeitada y de la carpeta de nuestra investigación, mucho más delgada de lo que uno podría esperar después de semanas de investigación, extraje un mapa de la región. Era un mapa plano, sin detalles geográficos, en él solo se marcaban las carreteras y las ciudades. Del bolsillo de mi guerrera hice aparecer un bolígrafo de color rojo y me abalancé sobre el papel. Con energía fui marcando los puntos en los que se habían hallado los cadáveres, que no necesariamente eran los lugares en los que habían sido asesinados. Once puntos a lo largo de varios kilómetros de frente, algunos más

cercanos al territorio enemigo y otros más en la retaguardia, pero, una vez más, aquella parecía ser una información vacua que no nos aportaba nada más que nuevo interrogantes.

—Todos estos chicos tienen que tener algo en común, Rick —le dije a mi compañero entregándole el mapa—. En algún momento han tenido que coincidir con el asesino.

—¿Por casualidad no se reunieron todos en algún momento? —preguntó él, más por seguirme el juego que por querer razonar al respecto; también estaba cansado.

—No me los imagino en una fiesta solo para ellos. En una especie de bufé libre para asesinos.

Rick sonrió y siguió observando el mapa.

—Bueno, hay una opción que no hemos contemplado —dijo al cabo de unos minutos.

—¿Cuál?

—Que el asesino no sea un militar.

—Bueno, tenemos el arma.

—Sí, pero modificada. No hay nada más que nos diga que se trate de uno de nosotros.

Fruncí el entrecejo. Sí que había pensado en la posibilidad de que el asesino fuera alguien de la región, pero la evidencia del arma siempre me la ponía en duda. Además, si aquello fuera cierto, aún nos complicaría más la investigación.

—No sé, chico, no sé...

Me recosté contra la pared del barracón y sentí la humedad que pasaba a través de la fina pared que nos separaba del lluvioso exterior a través de mi guerrera. Necesitaba descansar tanto física como mentalmente. No es que tuviera ganas de volver a pegar tiros en el frente, pero aquella tarea de investigador me estaba agotando de todas las maneras imaginables.

Al verme, Rick guardó el mapa y supo que había llegado mi momento de desconectar del presente. No era la primera vez que lo hacía y, a esas alturas, ya nos conocíamos lo suficiente como para saber cómo pensaba el otro. Varias semanas sin convivir con nadie que no fuera nuestro compañero nos había convertido en algo más. En amigos. Es cierto que, y sin querer pecar de falta de modestia, Rick tampoco era un gran investigador. Hubiese sido un gran policía, de

los de mantener el orden y proteger, pero no de los de investigar. No digo que no tuviera demasiadas luces, pero siempre se quedaba en las capas superficiales de todo cuanto investigábamos. Mi mente iba un paso más allá. Sin ir más lejos, cuando nos entrevistamos con una de las fulanas de Verdún, él solo vio a una prostituta, yo en sus ojos veía a una mujer de más de cuarenta, seguramente viuda y con un par hijos en el frente o en la resistencia, sin saber si estaban vivos o muertos y que debía seguir para sobrevivir, a la espera de poder retomar su vida allí dónde la había dejado cuando había empezado la guerra. Esa distinción no era ni buena ni mala, éramos diferentes, nos complementábamos bien y, a pesar de todo, varias habían sido las ocasiones en las que una inocente pregunta de Rick me había llevado a una conclusión. Aunque aquel caso había tenido pocas conclusiones.

Distraído en mis pensamientos dejé vagar mi mirada entre los hombres y mujeres que nos rodeaban y que seguían con sus rutinas ajenos a que dos sabuesos estaban persiguiendo a un asesino entre las líneas del frente. A parte de los miembros de intendencia responsables del comedor de aquel barracón, también había soldados del regimiento de la zona, algunos oficiales de rango medio descansando. Por el uniforme impoluto deduje que había dos oficinistas del cuartel cercano al que estábamos. Miembros del cuerpo médico. Un pastor. Dos soldados de comunicaciones. Y...

—¡Eso es! —exclamé incorporándome de repente y haciendo que todos los presentes me dedicaran una mirada sorprendida.

—¿El qué? —preguntó Markham.

—Lo que une a todas las víctimas no es un lugar, sino una persona.

—Sí, ya lo sé, el asesino.

—Exacto.

Markham enarcó las cejas.

—Lo siento, pero no te sigo.

—Buscamos a un soldado americano que se desplace por la región libremente sin impedimento alguno y que, a primera vista, no implique una relación entre las víctimas, militares y civiles. Alguien completamente anónimo.

Markham me interrogó con la mirada.

—Es un correo. El asesino es un miembro del Cuerpo de Comunicaciones. Un corredor que reparte mensajes entre las líneas, los cuarteles, los barracones y las

ciudades. Es anónimo, uno apenas recuerda su rostro y, normalmente, no se entabla conversación con él —expliqué pensando en el chico que me había ido a buscar a las trincheras unas semanas antes, no sabía su nombre y apenas recordaba su cara—. Nadie los detiene, todo el mundo los deja pasar y no se pone en duda lo que están haciendo.

Markham seguía mirándome, sorprendido.

—Un correo tiene libertad de movimientos —afirmé recuperando el mapa de la carpeta—. Se puede mover por todo el frente y puede estar en diferentes lugares en, relativamente, poco tiempo. —Hice una pausa y vi que Rick seguía mirándome como si no me comprendiera—. Joder, Rick, pareces idiota. ¿Lo entiendes o no?

—Sí, sí, pero seguimos igual, ¿no?

—No, claro que no. Porque un correo, a pesar de todo, sigue siendo alguien que sigue órdenes, por lo que siempre hay un registro de sus movimientos. Nadie los consulta, pero el ejército quiere saber dónde estamos siempre cada uno de nosotros.

—¿Por lo que...?

—Por lo que solo tenemos que ir a la central del Cuerpo de Comunicaciones y contrastar estos malditos puntos rojos con las rutas de los correos. El que coincida será nuestro hombre.

Cogí mi petate del suelo y salí como alma que lleva diablo al exterior. Llovía, pero no me importaba. Monté en el *jeep* que habíamos requisado el primer día y lo arranqué. Un instante después, Rick salía del barracón trastabillando con su mochila a hombros.

—Sube, no tenemos ni un minuto que perder.

Apenas hubo puesto su trasero sobre el asiento, apreté el acelerador y el pequeño todoterreno descapotable salió disparado. Estaba a punto de cerrar aquel caso, todas las pistas apuntaban en aquella dirección y no permitiría que el asesino, que había permanecido en letargo durante semanas, se me escapara. Como he dicho antes, Rick y yo estábamos hechos de pastas diferentes: él hubiese sido un buen policía; yo era un excelente sabueso, aunque los rastros me lleven a lugares a los que, en realidad, no quiero ir.

5

La Oficina Central de Comunicaciones de los Ejército Aliados de la región estaba ubicada en un viejo granero situado en lo alto de una colina. Sobre la vieja construcción de piedra y tejas mohosas se alzaba una impresionante antena que parecía observar el territorio que la rodeaba con desprecio.

Seguía lloviendo. Aunque sus ruedas patinaron sobre el barro, de un frenazo detuve el *jeep* frente a la puerta y salté de él. Markham iba detrás de mí justo cuando dos soldados ataviados con el chubasquero oficial quisieron detener nuestro avance.

Sin reparo alguno señalé el brazalete blanco en el que una M y una P negras me identificaban como miembro de la policía militar.

Sorprendidos, los dos hombres nos abrieron paso y nos permitieron cruzar el umbral de aquel enorme granero, cuyo espacio interior era mucho más vasto de lo que uno podría suponer por el exterior.

Organizado como si fuera un edificio de oficinas, los espacios se separaban en cubículos, en los que hombres y mujeres con auriculares y micrófonos se afanaban a completar comunicaciones, cifrarlas y descifrarlas, para que los receptores pudieran proyectar los hologramas o reproducir los mensajes que les enviaban de cualquier parte del mundo.

A paso ágil, casi corriendo, los dos recorrimos los pasillos que pasaban entre los cubículos, dejando atrás algunas puertas cerradas tras las cuales se debían esconder los oficiales de la sección o se trataban mensajes relacionados con el espionaje. Sin embargo, nuestro objetivo era otro, era la sección de los mensajeros humanos, de los llamados correos o corredores.

A pesar de vivir en pleno siglo XXI, para evitar filtraciones al enemigo y, hasta cierto punto, para la inmediatez en los mensajes, se había organizado todo un sistema de hombres rápidos que iban de un lugar a otro con mensajes puntuales o, por ejemplo, ir a buscar a oficiales para misiones importantes, como habían hecho conmigo.

Tras una puertas abatibles al fondo del granero, descubrimos un lugar, cuanto menos, peculiar. Había una docena de literas pegadas a las paredes, con algunas camas ocupadas por soldados durmiendo vestidos de pies a cabeza; una

pequeña cocina, unas mesas para comer; y, justo al lado de las puertas, una mesa con un ordenador de tonos grisáceo a modo de despacho. Un oficial enjuto nos observaba desde detrás de unas gafas pequeñas con cara de suspicacia, sobre todo por nuestra repentina aparición.

—¿Puedo ayudarles en algo, caballeros? —preguntó en tono irónico.

Lo observé, molesto.

«Claro que nos puede ayudar, imbécil», protesté para mis adentros, pero no valía pagar mi frustración de los últimos meses con él, no tenía la culpa, pero le hubiese partido la cara.

—¡Sí! —exclamé.

—¿En qué? —preguntó sin perder la compostura.

Abrí la carpeta sobre su escritorio y desplegué el mapa ante él, y a su lado puso el listado de fechas en que se habían hallado los cuerpos.

—Necesito saber qué hombres estaban cerca de estos puntos en estos días.

Me observó enarcando una ceja.

—Eso es información confidencial, teniente —dijo mirando mis galones antes de mirarse los suyos, superiores a los míos.

—Lo sé, capitán, pero no quiero saber el motivo de sus visitas a esos lugares, necesito saber quién estaba allí.

—Le repito, teniente, que es una información que no puedo facilitarle.

Golpeé la mesa con la palma de la mano y mascullé:

—Le exijo que me la dé.

Él siguió imperturbable.

—Creo que se está extralimitando, teniente.

Me giré y miré a Markham, que todavía no había abierto la boca, pero, por su expresión de asombro, debía estar opinando lo mismo que el capitán de correos.

—Cada minuto que se retrasa en darme la información, provoca que un hombre inocente muera.

El capitán sonrió.

—Es el pan nuestro de cada día.

Estaba frustrado. La investigación de los últimos meses por fin parecía encaminarse, y me había topado con un obstáculo, cuanto menos, molesto.

Entonces, como un rayo, un pensamiento cruzó mi mente. En las últimas semanas con los brazaletes de la policía militar no habíamos tenido necesidad de

recurrir a ellos, pero ahora era justo lo que necesitábamos. Palpé mi guerrera y de uno de los bolsillos extraje la acreditación que me habían dado los generales. Se la entregué sin más, casi con desprecio.

El capitán bajó la mirada y la observó, para después mirarme a mí.

—¿Son auténticas? —preguntó incrédulo.

—Compruébelo —lo reté.

—Eso mismo haré.

«Maldito burócrata», refunfuñé para mis adentros, pero dejé que procediera.

Cogió el comunicador holográfico y contactó con el cuartel general. A pesar de que vimos la imagen espectral de un joven oficial en el proyector no oímos su voz, esta solo se oía a través de los auriculares que lucía el capitán de correos. Este habló durante unos instantes y cortó la comunicación.

—De acuerdo, parece que todo está regla —admitió evitando morderse la lengua. Pero, antes de que le pudiera solicitar de nuevo la información, dijo—: Pueden consultar nuestros datos en esta unidad que tenemos aquí.

Hizo girar su silla y señaló un pequeño escritorio con un ordenador antediluviano.

—¿Es una broma?

—No suelo bromear —espetó—. Es el sistema habilitado para efectivos ajenos a esta sección.

Entonces fui yo el que tuve que morderme la lengua para no responder de mala manera. Estaba claro, no, clarísimo que esa era su pequeña venganza.

No quisimos decir nada más, cogimos nuestros papeles y nos sentamos frente a la discreta unidad de datos. Una vez estuvo en marcha pudimos comprobar que era un ordenador lento, como su aspecto denotaba. Además, el sistema operativo en su interior era de todo menos intuitivo, por lo que la búsqueda de los datos se alargó mucho más de lo que podríamos esperar. Podíamos buscar por fecha y por localización, pero no por ambas cosas, por lo que tuvimos que imprimir centenares de páginas con los listados de los nombres de los posibles sospechosos, para después cruzarlas. Todo ello a mano, sin la ayuda de ningún sistema.

Con los papeles bajo el brazo nos trasladamos a un comedor comunitario, lejos de la incómoda mirada del capitán de correos.

—Seguro que con su ordenador nos daría los nombres que queremos en

cuestión de segundos —dije entre resoplidos de hastíos.

—Claro, pero esto es lo que hay —respondió Markham señalando todo el papeleo que habíamos esparcido por encima de la lista.

—No sé por dónde empezar —confesé cansado a la vez que me frotaba el rostro con ambas manos.

Rick me observaba.

—Yo me encargo.

—¿Qué quieres decir? —pregunté despistado.

—Quiero decir que si me traes una taza de café, puedes ir a buscarte un camastro libre y echarte a descansar.

—No, no, no... Esto es cosa de los dos.

—No, Val, insisto. Hasta ahora has llevado el peso de la investigación, yo solo he ido detrás de ti todo el tiempo.

Lo miré durante unos segundos, dudaba entre hacerle caso y no. El caso era de los dos y, por lo tanto, el esfuerzo también, pero estaba reventado y echar una cabezada me iría bien.

—Está bien —accedí, pero añadí—: Pero si encuentras algo antes de que regrese, ven avisarme. ¿De acuerdo?

—Sí, no te preocupes.

Lo observé durante unos segundos, pero las semanas trabajando juntos me habían llevado a confiar en él.

Asentí con la cabeza y me levanté la mesa para abandonar el comedor. Pero antes de que pudiera alejarme demasiado, la voz de Rick me detuvo:

—¡Eh, Corso!

Giré sobre mis talones.

—¿No te olvidas de algo? —me preguntó.

—¿De qué?

Rick sonrió y dijo:

—Mi café.

Unas sacudidas me despertaron. Hacía tantos días que no me permitía descansar que en cuanto mi cuerpo tocó el camastro del barracón, caí en un

profundo sueño. Por lo que las sacudidas debieron ser muy intensas para que abriera los ojos.

Gruñí algo incomprensible.

—Venga, Corso, tenemos que irnos —me dijo una voz familiar.

—¿Por qué? ¿Dónde?

—He descubierto quién es el asesino.

Abrí los ojos de par en par y regresé al presente preguntando:

—¿Qué?!

—He cruzado las listas y tengo un nombre. Y no está lejos de aquí.

Me incorporé y recogí mis cosas. Me había tumbado con las botas puestas, por lo que en cuestión de segundos estaba en el exterior subiendo al *jeep* cuyo motor Markham ya hacía ronronear.

Mientras el coche recorría kilómetros siguiendo las hábiles maniobras de Rick, yo no pude contener mi curiosidad.

—¿De quién se trata? ¿Dónde está?

—Como bien supusiste, al contrastar las listas un correo estuvo cerca de aquellos lugares en las fechas en particular. Realizaba pequeñas misiones de comunicaciones, nada importante.

—¿Un don nadie que pasa desapercibido? —preguntó.

—Exacto. Alguien completamente anónimo.

—Pero tendrá un nombre, ¿no?

Rick asintió.

—Terence Davenport. Según su ficha se trata de un chaval de un pueblecito del medio oeste. De Colorado o un lugar así.

Como era de esperar no me sonaba de nada.

—Y, ahora, ¿dónde está?

—Realizando una misión sin importancia cerca de aquí, apenas a treinta kilómetros de dónde estábamos.

—Pues démonos prisa, no sea que se aproxime una nueva víctima, a pesar de los meses que hace que no actúa.

Como si mis palabras fueran órdenes, Markham apretó el acelerador y el *jeep* dio un brinco hacia adelante al ir más deprisa.

El recorrido fue breve. Rick detuvo el vehículo justo cuando los árboles empezaban a desaparecer, algo que indicaba que el campo de batalla estaba

cerca, y ambos descendimos del coche. Empezamos a correr a la desesperada. Mi compañero iba delante y yo le pisaba los talones. Sin pensárnoslo dos veces, dejamos atrás el suelo árido que rodeaba las trincheras y entramos en la primera que vimos.

A grandes zancadas y evitando a todos los que se interponían en nuestro camino, Markham y yo recorríamos ese estrecho pasillo de tierra apelmazada. Nos apoyábamos en las paredes de barro. Saltábamos sobre las piernas de nuestros compañeros del frente. Evitábamos las miradas acusadoras de los oficiales que salían a nuestro paso.

—¿Sabes a dónde vas? —pregunté cuando la carrera empezaba a parecerme absurda.

Rick no respondió, pero tampoco se detuvo. Así que tuve que confiar en sus actos, del mismo modo que lo había hecho él con los míos.

Después de adentrarnos en el laberinto que eran las trincheras y ante la atónita mirada de los soldados que nos rodeaban, llegamos a una pequeña obertura que hacía las veces de cruce de caminos y de punto de reunión de un batallón.

Rick se detuvo abruptamente y yo tras él. Giró sobre sus talones e inspeccionó su alrededor. Estaba buscando a alguien, pero no lo encontraba.

—¡Terence Davenport! —grité.

Muchos fueron los que nos miraron, muchos alzaron la cabeza, pero solo uno fue el que nos miró con el espanto en los ojos, sintiéndose identificado por dos miembros de la policía militar, aunque esta última parte no fuera cierta.

Era alto y delgado, su uniforme estaba limpio y la única señal de su paso por las trincheras era el barro pegado a sus botas bien lustradas. Seguramente, en otro contexto, hubiera podido ser un atractivo modelo de alguna importante agencia de marketing. Pero en la realidad que nos había tocado vivir era un soldado raso que se dedicaba a pegarse carreras de arriba para abajo repartiendo mensajes e instrucciones. Por como nos miraba tenía todo el aspecto de un conejo asustado.

—¿Eres el correo Terence Davenport, verdad? —le pregunté.

Ni se movió, solo sus pupilas iban de Markham a mi y viceversa.

—Solo queremos hablar contigo —proseguí con un tono pausado.

Los soldados de nuestro alrededor tampoco se movían demasiado, no

querían verse involucrados en cualquier asunto que implicara la presencia de dos policías militares.

—Sabemos lo que has hecho —intervino Rick.

Pero aquellas palabras no sirvieron de ayuda, ya que en cuanto el chico las oyó salió corriendo como un resorte. Huía.

De nuevo y sin demasiadas ganas, tuvimos que adentrarnos en los estrechos pasadizos de tierra húmeda de las trincheras detrás de ese chico que dedicaba todo su día a ir corriendo de un lado para otro, por lo que cazarlo tenía pinta de ser algo complicado.

Rick abría la marcha, yo los seguía como podía, pero cada vez veía que tanto mi compañero como aquel chico se iban alejando, por lo que tuve que admitir una verdad que ya conocía de sobras: no era el mejor dotado en cuanto correr. Tenía y sigo teniendo resistencia, pero pierdo en velocidad punta.

—¡Sigue tú, Rick! —exclamé—. ¡Atrápalo!

Al cabo de un instante los perdí de vista, solo volví a verlos a lo lejos cuando salimos de las trincheras y ambos se adentraron en el bosque. Los seguí guiándome por el ruido de sus pisadas que rompían ramas y hojas secas. Pero no los vi, no los vi hasta justo después de que la explosión retronase entre los troncos.

El ruido me asustó, pero en seguida supe de que se trataba. Aceleré el paso temiéndome lo peor. Había dejado a mi compañero con un posible asesino, uno de bastante hábil con las armas, así que todo me hacía pensar que ahora tendría que lidiar con el asunto de los asesinatos en solitario.

Sin embargo, cuando llegué a un claro del bosque vi que Rick estaba de pie, de espaldas a mí, todavía empuñando su arma.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté.

Pero no hizo falta que me respondiera, al dar unos pocos pasos más en el interior del claro vi el cuerpo sin vida de Terence Davenport tendido en el suelo.

—Ha sido en defensa propia —dijo Markham con frialdad, casi mecánicamente.

El tono me desubicó, pero no me detuve. Seguí avanzando hacia Davenport.

Al llegar a su lado me arrodillé y examiné el cuerpo.

El disparo era limpio y claro, sin marcas térmicas, solo un bonito y perfecto agujero entre ceja y ceja.

Una vez más, los hechos se agolparon en mi cabeza hasta el punto que me dolía la frente.

No podía ser cierto, pero todo encajaba, solo una pregunta se repetía en mi cabeza una vez tras.

Lentamente me levanté y giré sobre mis talones, encarándome hacia el que, hasta entonces, creía que era un amigo.

—En todas estas semanas no te lo he preguntado. Ya me fijé el primer día, pero no le di importancia, podrías haberlo perdido en cualquier ataque en el frente. Pero ahora tengo que preguntártelo. —Hice una pausa y tomé aire—. No llevas ningún parche identificativo de regimiento o batallón. ¿A que cuerpo perteneces?

El rostro de Rick se quebró, dejó de tener una sonrisa agradable y cómplice. Ahora era, cuanto menos, perturbadora. Sentí un escalofrío al pensar el temple que había mostrado Markham todas aquellas semanas durante las que habíamos convivido investigando unos asesinatos que él mismo había cometido.

—¿Hace falta que te lo diga, amigo?

Aquella última palabra sonó desagradable.

No respondí, pero instintivamente mi mano se acercó a la pistola que colgaba en mi cadera derecha.

—¿De verdad te atreverás a desenfundar tu arma ante un hombre con la pistola en la mano y mi habilidad?

Dudé. Claro que dudé, pero tenía que hacerlo, formaba parte de mi obligación. Sin embargo, como le sucedía a todos los hombres y mujeres del frente, lo que imperó fue el instinto de supervivencia, de poder vivir un día más. Así que, sin más, relajé mis brazos y me rendí.

—Así me gusta. Tienes la explicación perfecta ante tus ojos. Un asesino abatido en defensa propia y un compañero que ha huido. ¿Te parece algo que les gustaría oír a tus generales?

Seguí sin articular palabra, pero quien calla otorga. Así que, sin rodeos, Markham enfundó su arma y salió corriendo. No lo volvería a ver hasta cinco años más tarde.

6

Ingrid me contemplaba desde una de las sillas al otro lado de mi escritorio. Tenía los pies sobre el asiento y se abrazaba las piernas. Había estado escuchando con atención desde que me había preguntado qué relación tenía con lo que Mastroianni y Orseolo me habían explicado.

—Y esta es la historia de mi primer caso. Un fracaso.

No discutió mi conclusión, solo preguntó:

—¿Qué hiciste después?

—Pues salí del bosque, el *jeep* que habíamos requisado no estaba allí dónde lo habíamos dejado, por lo que regresé al cuartel sacando provecho de mi brazalete de policía militar. Llegué cuando era de noche. Tuve que esperarme a la mañana siguiente para que los generales me atendieran.

—¿Y qué historia le contaste? ¿La verdad o la versión de Markham?

Alcé una ceja con suspicacia observé a aquella androide que ya había dejado de ser una simple empleada —algo que realmente nunca había sido— y era una de las pocas amigas que me tenía sobre la faz de la tierra.

—A pesar de todo, conté la verdad. Dejé claro que el culpable había sido Rick Markham, que nos había engañado a todos y que había escapado.

—¿O lo dejaste ir? —preguntó ella demostrando su talento para el oficio al que nos dedicábamos.

Sonreí.

—Lo cierto es que no lo sé. En aquel momento creo que hice lo correcto, sino, seguramente, no hubiera salido con vida de ese claro —confesé.

El silencio se apoderó de nosotros, de la oficina y, no sé porqué, creo que de toda la ciudad. Creo que puedo decir que en aquel momento la conexión con Ingrid todavía fue más estrecha. Le había explicado mi primer caso, mi primer fracaso, mi único caso en el que había tenido una vinculación personal. Había empezado como un trabajo, una orden, pero había terminado como un conflicto de intereses.

—¿Y después? —dijo ella rompiendo el hielo.

—¿Después? ¿Después de qué?

—De que hablaras con los generales.

—¿Qué crees que sucedió?

Ella se encogió de hombros.

—Pues no sucedió nada. Aunque había cerrado el caso, no había atrapado al culpable y, de paso, una nueva víctima se había sumado a las demás. Por si fuera poco, tampoco llegué a saber cuáles eran las motivaciones de Markham por hacer lo que había hecho, por lo que no podía darles más explicaciones que: «El asesino es él». —Tomé aire—. Así que me devolvieron a mi unidad sin ceremonias y con la promesa... No, con la orden de no decir nada sobre mi ausencia. ¿Cómo podía no decir nada después de siete semanas fuera de la trinchera?

Ella sonrió, empática.

—Así que todos lo supieron. Eran mis compañeros, mis hermanos, con los que había vertido y vertería sangre, no podía mentirles, tenían que confiar en mí. Además, quería que se corriera la voz de que un peligroso asesino correteaba por el frente impunemente —seguí hablando, protestando por aquello que había pasado años atrás—. Todo el mundo lo supo y, para sorpresa de nadie, no sufrí ninguna repercusión. Así que creo que hice lo correcto, ya que no se ha sabido nada de él hasta ahora que ha venido de turismo a Venecia —concluí con una sonrisa cáustica.

Ingrid se levantó de su asiento, rodeó mi mesa y se sentó sobre ella, cruzando las piernas, y dejando que sus pies bailotearan en el aire.

—Claro que hiciste lo correcto.

—No era una pregunta —le reproché yo con ironía.

—Lo sé.

Froté mi rostro con fuerza, solté un resoplido que se confundió con un gruñido y me levanté de un salto.

—Pero ahora las cosas han cambiado. Sé quién es el asesino y pienso zanjar este tema de una vez por todas.

Me encaminé hacia la puerta, cogí mi sombrero y mi gabardina, pero me detuve antes de salir.

—Necesito una cosa.

—¿El qué?

—Mi arma.

Ella abrió el cajón de mi escritorio, cogió mi pistola y me la lanzó para que yo la agarrase al aire.

—Volveré con la cabeza de ese cabrón en una bolsa.
Ingrid sonrió con orgullo, la caza había empezado.

Cuando crucé la puerta del despacho del inspector Orseolo, este estaba enfrascado, como de costumbre, en los papeles de alguna investigación, y por la cara de preocupación que tenía era el mismo caso que me estaba preocupando a mí desde que Mastroianni y él me habían visitado.

—Ho-Hola, Corso, ¿cómo has entrado?

—Ya sabes que casi soy uno de vosotros —respondí con sorna.

—Muy gracioso.

No esperé a ser invitado y me acomodé en una de las sillas que el inspector tenía frente a su escritorio para las visitas, esperadas o no.

—Tú mismo, como si estuvieras en tu casa —dijo él, entre molesto y divertido.

—No esperaba menos.

Me observó con sus agudas pupilas.

—¿A qué has venido?

—Ha llegado el momento.

—¿De qué? —Sabía perfectamente a qué me refería, pero quería escucharme decirlo.

—De actuar. De atrapar a ese cabrón —sentenció.

Se recostó en su asiento y me dedicó una mirada comprensiva.

—Sé que, para ti, es algo personal. Sé que pone en evidencia tu trabajo como detective. Y sé que...

—Basta, Franco —lo interrumpí—. Lo único que me interesa de todo esto es detenerlo antes de que el número de víctimas siga creciendo. ¿Cuántas me habéis dicho que lleva aquí, en Venecia?

—Dieciséis —respondió con un poco de vergüenza el policía.

—Es decir, que con las que se llevó por delante hace cinco años, ya son veinticuatro. A parte de las que seguro que no tenemos constancia. Esto tiene que acabar.

—Pero no puedes salir y empezar a pegar tiros.

—¿Y qué hacemos entonces? ¿Esperar a qué se cargue al siguiente?

—No, tampoco es eso, pero...

—¿Cuántos meses lleva actuando en la ciudad? —pregunté interrumpiéndolo de nuevo y evitando que me diera más excusas.

—Siete.

—¿Y qué tenéis?

Dudó, me conocía lo suficiente como para saber que pretendía con aquellas preguntas, así que esperó a que fuera yo el que respondiera.

—El rastro de una arma y dieciséis cadáveres en la morgue. Nada más.

—Bueno...

—¿Sabéis que relación tienen entre sí las víctimas? —Hizo ademán de responder, pero no se lo permití—. No. ¿Sabéis cómo consiguió el arma? No. ¿Sabéis dónde se esconde? No. ¿Sigo?

Sacudió la cabeza, pero antes de que yo siguiera envalentonado y vomitara todo la basura que opinaba sobre la policía, dijo:

—Entiendo tu punto de vista, pero, por favor, ahora cálmate.

Estaba tenso, listo para salir a la calle y entrar en todas las puñeteras casas de la ciudad hasta dar con el malnacido de Rick Markham, pero aquello hubiese sido una estupidez.

—Está bien —dije, respirando hondo y acomodándome en mi asiento.

Mi naturaleza tranquila se había visto alterada por la reaparición de un fantasma del pasado, y eso desequilibraba mi paz interior con la que siempre me enfrentaba a todo. Pero, gracias a ello y a una magnífica actuación, ahora Orseolo parecía dispuesto a hacerme partícipe de la investigación sin que hubiese tenido que esperar a que los *carabinieri* quisiera hacerlo. Si me veía involucrado en algo, quería llevar el timón, no esperar a que otro supiera capear el temporal.

—Además —dijo el policía—, sí que sabemos algunas cosas más de las que supones.

Había dado el clavo.

—Las víctimas, en su mayoría, son chicos de la calle.

—¿Ladrones?

—Sí, pero también trabajadores sexuales y mendigos.

—Gente de fácil acceso, ¿no?

—Exacto —corroboró Orseolo.

—¿Tienen el mismo perfil que las víctimas que investigué en Francia? —

pregunté, dando por sentado que se había leído el informe del caso anterior.

—Sí, son jóvenes y de aspecto afeminado. Sus cuerpos no tiene rastro de violencia de ningún tipo, salvo el disparo en la frente. —Hizo una pausa y me miró directamente—: ¿Sabes por qué lo hacía... o lo hace?

—No, nunca lo he sabido, pero sí que me lo he preguntado muchas veces a lo largo de los años. Uno podría esperar que un asesino en serie de este tipo violara o torturara a su víctimas, pero Markham no. —Tomé aire—. Creo que se divierte cazando.

—¿Qué quieres decir?

—Es un cazador, como el que podría cazar zorros, osos o elefantes, a este le gusta cazar personas. Lo considera un deporte que le permite sentirse superior, por encima de los demás —expliqué—. Incluso te diré más, pondría la mano en el fuego de que si hubiera llegado a policía, seguro que hubiese sido uno de los gatillo fácil, pero no hubiera llegado a esto.

—Interesante, un justiciero frustrado.

Asentí con firmeza.

—Y del arma, ¿qué sabéis?

Orseolo rebuscó entre los papeles que tenía sobre su mesa y me alargó una fotografía. Mientras examinaba la imagen ampliada de una vitrina, él me explicó:

—Pertenece a un coleccionista de la ciudad. Un ricachón americano obsesionado con la guerra y que tiene toda la casa llena de objetos, uniformes, medallas y armas que ha ido acumulando. Parece un museo.

—¿Todo real?

—Él dice que sí, pero creo que hay más de una cosa que es una réplica.

—¿El arma es auténtica?

—Sí, sí, lo hemos confirmado.

—¿Y cómo se la robaron?

—Esa sí que es una de las cosas de las que no sabemos. Un día, como cualquier otro, se dio cuenta de que no estaba y denunció el robo.

—¿Así, sin más?

—Sí.

—Suen a raro.

—Lo sé, pero no hay pruebas de lo contrario.

—¿Imágenes de seguridad?

—Nada.

—¿Las ha borrado?

—No tiene cámaras.

—Menudo imbécil.

—No hace falta que lo jures.

Los dos sonreímos. Al igual que en ocasiones anteriores, a esas alturas ya habíamos podido colaborar más de una vez, y habíamos funcionado bien cómo equipo.

—Solo por preguntar, ¿es un ermitaño o es de los que le gusta montar fiestas en las que fardar de su colección? —pregunté.

—Le gustan las fiestas, y mucho.

Una amplia sonrisa de satisfacción apareció en mi rostro y, en consecuencia, en el de Orseolo.

—Ya sabemos cómo consiguió el arma —anuncié—. Se coló en una de las fiestas y la robó. ¿Cómo sabía que estaba allí? No lo sé, lo descubrió en ese momento o lo sabía de antemano, pero lo hizo así.

—Yo había llegado a la misma conclusión, pero no se me permite hacer suposiciones en base a suposiciones.

Me encogí de hombros.

—Lo siento, chico, gajes del oficio.

Bajé la cabeza y me froté la barba con fruición, una idea había aparecido en mi cabeza y me molestaba bastante.

—¿Sabéis el número de serie del arma?

—No. Se ve en la foto —dijo Orseolo señalando la imagen que yo todavía tenía en las manos—, está borrado.

La sonrisa que apareció en mi rostro aún fue más grande que las anteriores.

—¿En qué piensas?

—Haré lo que no se te permite hacer a ti, suposiciones. —Me incorporé y apoyé los codos en el escritorio—. Hace cinco años Markham huye y desaparece, pero necesita dinero y lo único que tiene en su haber es su arma. Borra el número de serie, vende el arma a un prestamista o algo por el estilo y desaparece del mapa. Sin embargo, su necesidad de cazar sigue en él, puede que haya cometido algún crimen, pero no es lo mismo sin su arma modificada. Así que, cuando no puede más, sigue el rastro hasta dar con ella en una colección privada en Venecia.

Es un tipo listo y escurridizo, se hace con ella y sin esperar a nada más, ataca de nuevo.

—¿Quieres decir que no va detrás de ti?

—Creo que ha sido mala suerte que su arma estuviera en la misma ciudad que un servidor.

—¿Mala suerte? —preguntó Orseolo.

Asentí y sonreí de nuevo.

—Para él.

Salí de la sede de los *carabinieri* con una idea entre ceja y ceja: encontrar a Rick Markham. Venecia era una ciudad pequeña, así que por mucho que se escondiera, tarde o temprano tendría que salir de su agujero. Y en cuanto asomase la cabeza... ¡Bang!

Ese pensamiento, admito que impropio de mí, vino acompañado con la sensación de sentir el peso del arma que llevaba en la parte trasera del pantalón, tapada por la gabardina. Otras veces el arma era una garantía, un por si a caso al que Ingrid solía llevarme, pero en ese caso iba a por todas. El diablo de Markham no podía salir vivo de la Serenísima.

Era tarde, el sol emitía sus últimos rayos de sol. Las farolas iluminaban tenuemente y la ciudad se estaba llenando de claroscuros. Recorría la calles con habilidad. Conocía cada puente, cada callejón y cada canal como la palma de mi mano, por lo que podía andar por las entrañas de aquella urbe sin necesidad de abrir los ojos.

Ahora que con Orseolo habíamos llegado a la conclusión de que el hecho de que Markham estuviera en la misma ciudad que yo era mera casualidad, había llegado el momento de actuar. El inspector estaría alerta para enviar los refuerzos, pero como todo aquello eran solo suposiciones, tenía las manos atadas. Estaba solo.

Desafortunadamente, yo ya no podía actuar como anzuelo —tal vez sí hubiese podido, si Markham supiera que yo corría por aquellas calles, algo que solo podría saber si alguien salía a la calle y lo anunciaba a bombo y platillo—, por lo que para hacerlo salir tenía que tirar de ingenio... o del truco más viejo del mundo.

«¿Con qué se atrae a los depredadores?», me dije para mis adentros y respondí: «Con carnaza».

Tampoco hacía falta ser un genio para llegar a esa conclusión, por lo que ahora me iba allí donde podría encontrar a los «pececillos» que atrajeran a mi viejo compañero de armas.

Lo cierto es que no me gustaba tener que recurrir a trucos tan burdos. Era defensor de las pistas, las pruebas y las deducciones, pero Venecia era una ciudad

demasiado dura como para andarse con chiquitas, por lo que tenía que entrar en el juego de aquel submundo.

Fui hacia al sur, más allá de la Academia, ocultando mi rostro con el ala de mi sombrero y el cuello alzado de mi gabardina. Era una embozado moderno que pretendía pasar desapercibido.

«¿Qué dirán de mí si alguien me ve por aquí a estas horas?», bromeé para mis adentros, pero en realidad me daba igual, no tenía que dar explicaciones a nadie, por lo que podía ir por donde quisiera. Pero en cuanto llegué a las calles conocidas como el Nuevo Barrio Rojo de Venecia, lo cierto fue que me incomodé.

Yo sí que fui un pececillo nadando en mar lleno de tiburones hambrientos. Hombres, mujeres, androides de ambos géneros, seres indefinidos y otros tantos de inclasificables se abalanzaron sobre mí intentando captar mi atención. Iban ataviados con poca ropa y, en la mayoría de los casos, las prendas dejaban más a la vista de lo que tapaban. En apenas unos segundos vi más carne humana que en los últimos cinco años... Miento, no era mi primera visita al barrio, así que ya había visto bastante, pero en apenas un instante pechos, genitales y apéndices de todo tipo bailotearon ante mis ojos.

En cuanto estaban a mi lado y me abrazaban con suavidad los hombros y los brazos, todos preguntaban lo mismo:

—¿Buscas compañía?

A lo que respondía siempre:

—No, gracias. Busco a alguien en particular.

A partir de ahí, muchos eran los que se iban desganados, sabiendo que yo no era una presa fácil, pero algunos seguían lanzándome puyas graciosas y, cuanto menos, fuera de tono.

Me defendía con una amplia sonrisa, pero es que era cierto. Por suerte, una vez pasada la primera línea de ataque de prostitutas y fulanos, la cosa se calmaba y pude adentrarme en las callejuelas, en busca del local en el que esperaba encontrar la ayuda necesaria para captar la atención de Markham.

Escondidas en la confluencia de dos calles, justo donde parecía que ambas torcían de manera imposible, unas escaleras subían —porque en Venecia el submundo no está en los sótanos— hacia el interior de un edificio iluminado por una sugerente luz roja.

Atraído como un mosquito suicida hacia la luz azul de una lámpara, yo me

dejé llevar hacia la roja. Al final de las escaleras, una puerta de madera labrada me impedía seguir avanzando. Golpeé con los nudillos.

Una rendija se abrió y un par de ojos me miraron con el ceño peludo y fruncido.

—¿Quién es? —preguntó una voz grave de hombre.

Alcé la cabeza y me eché el sombrero hacia atrás, para que me pudiera reconocer.

—¡Ah, eres Corso! —exclamó la misma voz pero con un tono completamente diferente.

La puerta se abrió y un grandullón calvo, barbudo, vestido de cuero y una sonrisa de oreja a oreja me recibió con un abrazo de oso en un pequeño recibidor entre la puerta y una cortina de terciopelo rojo.

—Hacía tiempo que no venías.

—Hola, Marcelo —dije—. Lamentándolo mucho, ya sabes que no soy muy habitual de esta zona.

Soltó una carcajada que hizo temblar las paredes.

—Supongo que quieres hablar con la jefa, ¿no?

Asentí.

—Está donde siempre.

Marcelo apartó la cortina y me permitió pasar al interior.

El ruido de la música me envolvió de repente. Desde fuera uno apenas se percataba de las vibraciones, pero en cuanto se cruzaba aquella cortina, las cosas cambiaban radicalmente. Apenas podías oír tus propios pensamientos. Por si esto no fuera suficiente, un mar de cuerpos te absorbía hacia el interior, en el que centenares de manos te palpaban mientras avanzadas, tocándote allí dónde nadie debería tocarte.

Lo superé como pude y me abrí paso hasta la barra. Me apretujé entre dos hombres que me miraron con furia y apoyé los codos buscando a la responsable. Una escuálida mujer de profundas ojeras y un flequillo de color púrpura no tardó en dedicarme la misma sonrisa que el portero.

—Hola, Corso.

—Hola, Ciara —respondí intentando hacerme oír por encima de la música.

—¿Una copa?

—Ojalá, estoy trabajando.

Ella sonrió de lado.

—¿Quieres hablar con ella?

Me encogí de hombros admitiendo la evidencia.

La barman sacudió la cabeza hacia un lado y yo me separé de la barra, que rodeé evitando a los que allí estaban sentados, hasta una estrecha obertura que Ciara había abierto para que yo pudiera pasar a la parte de atrás.

Sin articular palabra, Ciara empujó una gruesa puerta con una ventana redonda en la parte alta y me invitó a seguirla. En cuanto cruzamos ese umbral y la puerta se cerró a nuestras espaldas, el ruido se cortó de golpe, tan solo se sentían leves vibraciones a través del suelo y las paredes.

La tenue y oscura luz de la sala de baile dejó paso a una cálida luz amarillenta que nos acompañó a lo largo de un pasadizo aterciopelado en rojo. Era como si hubiera abandonado una discoteca de prostitutas y hubiese entrado en la casa de mi tía solterona... y tampoco iba muy desencaminado.

Tras un breve paseo, nos detuvimos frente a la única puerta que parecía haber en ese pasillo, Ciara golpeó con los nudillos en su superficies y la abrió. Ella no pasó, solo hizo un gesto con la cabeza para que yo sí lo hiciera.

No titubeé y crucé el umbral. Al otro lado me esperaba una sala moderna, con un diseño que difería diametralmente tanto con el resto de aquel club nocturno como de muchos otros lugares de la ciudad, que parecía haberse detenido en el tiempo. Paredes lisas, blancas, con detalles en negro. El color solo lo aportaban algunas obras de arte en las paredes. No me lo pregunté, porque ya lo había hecho en otras ocasiones, pero no sabía si eran auténticas o no, pero creo que a ella poco le importaba lo que opinase cualquier invitado a aquel despacho. Si llegabas allí tenías que tener una cosa muy clara: jugabas en su terreno, y en casa ella nunca perdía.

—Buenas noches, Corso —dijo una voz sensual que surgía de detrás de una gran butaca al fondo de la sala.

—Buenas noches —respondí mientras me acercaba a ella.

El asiento en el que estaba, una gran butaca de piel negra, estaba encarada a una cristalera negra, como los cristales de unas gafas de sol, a través del que se podía ver la sala de baile de su club.

—Algo me decía que tarde o temprano vendrías —dijo cuando sintió mi presencia a su lado, pero no se giró para mirarme.

—¿Por qué? —Decidí seguirle el juego.

—Por los asesinatos de los chicos. Algunos eran de los míos.

—¿De verdad? Lo siento, no lo sabía.

Dejó de mirar hacia la cristalera y me clavó sus ojos en mí. Su piel era perfecta, parecía mucho más joven de lo que era. El cabello liso y gris contrastaba con sus labios pintados de color rojo sangre.

—Claro que lo sabías.

Me encogí de hombros.

—Lo supuse cuando me dijeron cuales habían sido las víctimas.

—¿Por eso vienes? Para descubrir que puedo saber yo.

—No exactamente, pero ¿qué sabes? —Puestos a tirarme el farol, me lo tiraba entero.

Ella sonrió con sorna.

—Sé que la policía lleva meses dando palos de ciego y que no han descubierto nada.

—Bueno, saben el tipo de arma, el modus operandi...

—No digas sandeces, Corso —me cortó—, sabes que eso no es nada.

Asentí, dándole la razón.

—A parte de eso, no sé nada más, no puedo ni ayudar a la policía ni a un sabueso como tu. —Hizo una pausa, volvió a mirar a la cristalera, y preguntó—: ¿Quién te ha encargado el trabajito? ¿Los padres de un niño rico?

—No, está vez no veré ni un billete. Es una cuestión personal.

—¿Han matado algún «amiguito» tuyo? —Rió.

—No, el asesino es el que una vez fue mi amigo.

Volvió a mirarme y, a pesar de su perenne impasibilidad, le vi un brillo de sorpresa en los ojos.

—¿De verdad?

—Un viejo compañero de la guerra —confesé—. Ya me complicó la vida por entonces, y ahora parece haber regresado a perturbar mi descanso.

—Muy poético. ¿Qué pretendes?

—Acabar con él.

Enarcó una ceja. No es que fuéramos amigos, pero me conocía y sabía que yo no era un tipo violento o vengativo, era un hombre que solo se movía por el dinero... salvo cuando era personal.

—Entonces, si no quieres preguntarme nada y vas por cuenta propia, ¿por qué has venido a verme?

En ese momento fui yo el que sonreí.

—Necesito tu ayuda.

—¿Mi ayuda? —repitió—. Pocas veces la doy, y cuando lo hago su precio es realmente caro.

—Te deberé un favor.

Clavó sus pupilas en las mías.

—¿Un favor? —Era la mejor de la ciudad negociando—. ¿Y cuanto vale un favor de Valentine Corso?

Sonreí.

—Puedes ponerle el precio. —Sin embargo, yo no había ido a negociar.

—¿De verdad?

Asentí con firmeza.

Reflexionó durante unos instantes, valorando los pros y los contras de aceptar ayudarme. No sabría decir si por el mero hecho de seguir siendo una de las personas más poderosas de la ciudad, o porque realmente estaba preocupada por sus chicos, pero al final accedió.

—Está bien. ¿Qué necesitas?

—A uno de esos chicos tuyos.

—¿Para qué? ¿Estás triste y quieres que te consuelen? —bromeó.

—No, ya me consuelo yo solo —respondí con una mirada pícaro—. Necesito un anzuelo.

Resopló.

—Eso te saldrá caro. Me deberás un favor muy grande.

—Lo sé, pero necesito que esa rata salga de su escondrijo.

Permaneció en silencio unos instantes y respondió:

—De acuerdo, veré cual es el chico más apropiado. ¿Cuál es tu plan?

Los siguientes días fueron duros. Todas las noches acompañaba a uno de los chicos de mi poderosa colaboradora mientras hacía rondas por todos los barrios de la ciudad. Le había prometido que cuidaría de ellos, que por mucho que fueran mis anzuelos, también eran sus trabajadores, y no quería perderlos en un caso de un sabueso cualquiera como yo.

—¿Soy un sabueso cualquiera? —le pregunté con socarronería.

Ella sonrió, una de las pocas veces que lo hizo.

—Si quieres, ya me entiendes, Corso.

Así que allí estaba, noche tras noche a la espera de la aparición de Markham. Me ocultaba en las sombras. Alzaba el cuello de mi gabardina y bajaba el ala de mi sombrero para que me ocultara la cara. Intentaba que incluso los chicos a los que seguía no percibieran que estaba allí. Ellos tenían su misión, centrarse en provocar que el asesino saliera a la luz; yo, en la mía, protegerlos y ser más rápido que mi viejo amigo.

Aunque fuera con lluvia, allí estaba yo, oculto en la esquina de un callejón, calado hasta los huesos y con un cigarrillo consumiéndose en mis labios. Sin embargo, no ocurrió nada. Y, por si fuera poco, en un par de ocasiones tuve que salir a proteger a los chicos cuando algún imbécil borracho —que no era Markham— se abalanzaba sobre ellos. Y la verdad sea dicha, no me gustaba tener que actuar como un maldito proxeneta.

En la madrugada del décimo día de caza, empapado de pies a cabeza, cruce el umbral de mi despacho cansado, hastiado y enfadado con todo el mundo, pero sobre todo conmigo, por haber creído que podría pescar al escurridizo asesino tan fácilmente.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Ingrid al verme.

Me esperaba a punto, como cada mañana, con un taza de café caliente y un par de pastas recién compradas en la panadería del barrio. La regentaba un paquistaní que apenas hablaba italiano, ¿pero quién era yo para cuestionar a un extranjero en aquella ciudad? Además, estaban más que buenas.

—Como siempre. Un desastre. Ya he hablado con ella y, por ahora, he cancelado el plan de seguimiento —expliqué decepcionado.

Ella me ayudó a desprenderme de la ropa mojada, hasta que me quedé con los pantalones, la camiseta interior y los calcetines, y la colgó en el pequeño balcón que daba al patio interior de la finca. Jamás daba el sol, pero al menos no mojaría el parqué decimonónico del despacho.

Por mi parte, me acerqué chapoteando con los calcetines empapados hasta mi escritorio y vertí un generoso chorro de *grappa*. Un sacrilegio para los venecianos, pero tenía frío y estaba de mal humor.

—Bueno, han pasado cinco años, no pretenderías capturarlo de la noche a la mañana —dijo la androide al regresar.

Alcé la mirada y fijé mis ojos en ella. Su perfección jamás se estropeaba, incluso cuando la había conocido perturbada por haber perdido a su amo, nunca la había visto en un estado lamentable... como solía estar yo.

No me hizo falta hablar, ella comprendió mi mirada sin necesidad de palabras.

—Vale, de acuerdo, lo pretendías, pero no siempre puedes resolverlo todo a la primera, esto no es el Lejano Oeste, Val.

Era una de los pocos que me llamaba por ese odioso diminutivo, pero se lo permitía porque en sus labios todo sonaba bien. Los otros que lo habían hecho, o estaban muertos o estaba a punto de matarlos.

—Lo sé, lo sé —admití un poco a regañadientes—, pero empiezo a cansarme de no avanzar. Solo tengo la supuesta arma del crimen y la relación con los asesinatos de hace cinco años. Nada más. Nada más a lo que agarrarme para seguir adelante. Solo la certeza de que volverá a atacar y que debo estar allí para evitarlo y acabar con él. Me siento como un cazador persiguiendo a una presa imaginaria.

—Por suerte no eres un cazador, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir?

Ella sonrió con gesto maternal.

—Que eres un detective, y a pesar de que no lo creas, uno de los mejores. Por lo que actúa como tal. Olvídate de la venganza. Olvídate del deber. Esto es solo un trabajo más. Un caso que resolver. Un asunto en el que meter el hocico y no sacarlo hasta que encuentres la solución. Seguro que si olvidas tu implicación, hallarás la manera de atrapar a Markham.

Ese discurso le había salido tan de golpe que incluso ella se sorprendió, como

si esa actitud no estuviera en su programación.

La observé con las cejas alzadas y atónito.

—Gra-Gracias... supongo —respondí.

Ella sonrió y sus mejillas se sonrojaron sutilmente.

—Como ya te he dicho, si quieres, ya me entiendes —dijo avergonzada.

Me recosté en mi silla y alcé la mirada al techo.

Estuve un rato en silencio, mientras Ingrid se paseaba ordenando el despacho, como siempre hacía. Creo que a veces lo desordenaba a propósito para tener algo que hacer cuando tenía las manos desocupadas. Pero no le presté atención, el ruido de fondo se torno irrelevante, mi mente solo estaba centrada en lo que le preocupaba.

—Tengo el arma... Conozco su *modus operandi*... Sé quién es... Solo me falta atraparlo con las manos en la masa.

—No —dijo Ingrid de repente interrumpiendo mi momento de meditación.

—¿Qué? —pregunté volviendo al presente y fijando toda mi atención en ella.

—Que no es cierto. Lo único que te falta es dónde.

—¿Dónde será el siguiente ataque? —pregunté.

—Sí, eso también, pero tiene que esconderse en algún lugar, ¿no? Venecia no es tan grande.

La observé dubitativo.

—La policía lo ha buscado por todas partes. ¿Cómo voy a encontrarlo yo?

—Haciendo tu trabajo —sentenció.

—Pero...

—Pero nada —me interrumpió—. Ya sabes que la policía investigando es como un elefante entrando en una cacharrería.

Asentí.

Ella sonrió y dijo:

—Pues haz lo que mejor se te da, Val. Husmea.

La observé sorprendido, ya sabía de que era capaz mi querida androide, pero siempre me dejaba atónito cuando se dejaba llevar y me envalentonaba.

«No sé cómo he sobrevivido todo este tiempo sin ella», pensé.

—Tengo que hablar con todo el mundo.

Ingrid asintió.

Sin poder evitarlo, me levanté, me abalancé sobre ella y la besé en los labios

mientras le cogía el rostro con ambas manos.

—Eres la mejor, nena —le dije mientras regresaba a mi escritorio y encendía mi viejo ordenador.

Tras unos segundos desconcertada por mis actos, ella hizo lo mismo.

—Hablares con todos los amigos, conocidos y contactos de la ciudad. Alguno habrá visto u oído algo.

—¿Cómo les preguntamos sobre Markham? ¿Tenemos una foto? Tal vez Orseolo nos deja copiar su archivo, ¿no?

Mientras los ordenadores cargaban sus sistemas operativos, me giré para abrir uno de los cajones de mi viejo archivador y del fondo saqué una carpeta de color beige, manoseada y arrugada.

—Poco después de lo del Mosa, conseguí una copia del expediente de Markham —expliqué a la vez que abría la carpeta sobre mi mesa—. Y, como no podía ser de otra forma, este tenía una foto —concluí alzando con aire triunfal una hoja con el rostro impertérrito de Markham retratado en él.

La androide sonrió de nuevo, orgullosa.

—Es hora de entrar en acción, Ingrid.

Como la máquina bien engrasada que éramos desde que formábamos equipo, Ingrid y yo nos pusimos manos a la obra. En cuanto tuviera algo más, ya vería cómo podría atrapar a ese maldito cabrón.

Aunque había tomado la tarea de tirar de todos los hilos a los que pudiese recurrir con toda la energía del mundo, tras varias horas recibiendo negativas o sin que nadie contestara, lo cierto es que empecé a perder fuelle. Sin embargo, Ingrid, supongo que gracias a su programación, no cesó en su tarea, y cuando yo estaba a punto de rendirme, ella alzó los brazos en señal de victoria.

En seguida recuperó su atención natural y sin decir nada pero con un sutil gesto me pidió que me acercara a su mesa. No me levanté, solo hice que mi silla rodara por mi despacho hasta situarme al otro lado de la mesa de mi colaboradora.

Estaba hablando frente al proyector holográfico, en el que se proyectaba la turbia imagen azulada de un hombre grueso, de frondoso bigote y cara redonda

que sonreía constantemente con un gesto tan amplio como falso. Era Tigran el armenio, un prestamista de San Polo. A pesar de que él no era nadie en Venecia, tenía contactos en todas partes y tenía la habilidad para enterarse de todo.

—¿Así, que ha visto a este tipo? —dijo Ingrid haciéndose valer de su aspecto ingenuo, para que yo supiera en que punto de la conversación estaba.

—Sí, sí, claro que lo he visto. Ya te lo he dicho, androide despistada.

Ella no se molestó, simplemente siguió con el juego.

—¿Seguro? Tiene un rostro muy común que se puede confundir.

—¿Esto es en serio? —espetó y mirando alrededor la proyección casi parecía estar a punto de girarse—. ¿Dónde está Corso? ¿Si esta es la ayuda que tiene ahora no le auguro un buen futuro?

Impertérrita, Ingrid siguió.

—Ahora mismo, el señor Corso no está. Por eso me ha encargado la tarea de entrevistarme con sus contactos —explicó con naturalidad—. Pero si es cierto lo que usted me explica, estará encantado de visitarlo.

Tigran asintió, perdiendo un poco la compostura de su gesto de vendedor.

—Sí, sí. Os lo prometo. Lo he visto varias veces pasando por delante de mi local. Lo reconocería en cualquier lugar, sobre todo porque da la impresión de que siempre va con prisas. Ya sabes que los venecianos nos tomamos la vida con calma.

«Este tiene de veneciano lo mismo que yo», me dije con una sonrisa.

—En ese caso, le pasaré la información al señor Corso y en breve pasará por su negocio.

Tigran sonrió de nuevo, estaba claro que quería sacar algo de aquello, aunque fuera que le debiera un favor.

—Estaré encantado de recibirlo, como siempre.

La androide y el prestamista se despidieron educadamente y cortaron la comunicación.

—Creo que lo tenemos —dije levantándome para cambiarme la ropa que no me había quitado después de llegar empapado.

—Pero ve con cuidado, este Tigran parece peligroso.

—Lo es, pero nos conocemos desde hace tiempo. —Hice una pausa mientras desaparecía en mi pequeño dormitorio—. Pero lo importante es que por fin tengo un rastro y parece caliente. Iré a hablar con él, a ver que me cuenta y después ya

veré que hago con la información. Tiene más cosas a ganar si me dice la verdad que si me miente. Markham es una amenaza para todos.

Terminé de cambiarme, cogí mi arma sin que Ingrid tuviera que decirme nada, la guardé en la parte trasera del pantalón y me cubrí con mi gabardina y mi sombrero.

—Nos vemos en un rato, nena.

Me despedí con un guiño y ella con una sonrisa.

El paseo hasta el barrio de San Polo fue breve. Como decía, Venecia es una ciudad pequeña. Además, conocía muy bien las calles de mi hogar de acogida y me movía con agilidad por sus paseos, canales y puentes. Por lo que no tardé demasiado en llegar a una pequeña plazoleta, muy parecida a la de San Lio, en la que confluían media docena de calles y callejones. Y justo en el centro de todo había un negocio que casi brillaba con luz propia. Tras una cristal abrigantado con esmero, varias estanterías de objetos aún más brillantes recibían el único rayo de luz solar que se colaba entre los edificios en aquella tarde veneciana.

A pesar de tener un cartel escrito en italiano que anunciaba una joyería fundada unos doscientos años antes, lo cierto es que unos vinilos pegados justo debajo dejaban claro que se trataba de un local de empeños. Un «compro oro» en toda regla, pero que se extendía hacia cualquier objeto de valor que el ojo clínico del que se encontraba tras el mostrador considerase o suficientemente bueno como para sumarse a su colección de «baratijas».

Lo había visitado en alguna ocasión, lugares como aquel siempre eran buenos puntos de partida para iniciar algunas investigaciones, sobre todo aquellas relacionadas con objetos robados o «extraviados».

«La venganza me ha cegado», me reproché, viendo como las ganas de acabar con Markham me habían impedido ver los árboles más allá del bosque.

Crucé la plaza y llamé al timbre.

A través de la puerta de cristal vi como la figura gruesa de Tigran se movía detrás del mostrador para comprobar quién era el que llegaba a su umbral.

Frunció el ceño, pero cuando distinguió mi figura sonrió ampliamente.

«Maldito vendehumos», refunfuñé para mis adentros.

Sin salir de detrás del mostrador, activó el mecanismo de apertura y un chasquido de anunció de que era bienvenido a su tienda.

—Que grata sorpresa, Corso —dijo al verme—. No te esperaba tan pronto.

—¿No?

—No —dijo sin borrar la sonrisa de rostro—. ¿Significa eso que estás desesperado y que soy tu única pista?

Forcé una sonrisa, no mostraría mis cartas ni mucho menos mis debilidades.

—No, pero cuando un rastro es bueno, se tiene que seguir cuanto antes mejor, ¿no crees?

Asintió.

—¿Qué me puedes contar de ese hombre que aseguras haber visto?

—¿Así, sin más? ¿No vas a ofrecerme nada a cambio? —espetó falsamente ofendido.

Volví a forzar una sonrisa.

—¿Qué puedo ofrecerte? —Y extendiendo los brazos abarqué cuanto me rodeaba—. Ya tienes de todo.

—Eso es muy cierto.

—¿Entonces?

—¿Puedo pedirte un favor?

Esa podía ser una oferta barata en ese momento, pero que seguro que se encarecía con el tiempo.

—Por supuesto, ¿qué quieres?

—Aún no lo sé, ya te lo diré cuando lo necesite.

Compartimos una sonrisa socarrona, ambos sabíamos el juego en el que jugábamos, por lo que un favor podría implicar muchas cosas.

El silencio se apoderó de la tienda de Tigran, mientras que ambos valorábamos nuestro siguiente paso, pero, para mi fortuna, fue él que habló.

—Apareció por aquí hará unos meses. Y antes de que lo preguntas, estoy más que seguro que se trata del hombre de la imagen. Nunca olvido una cara.

—Pero ¿qué hace? ¿Dónde lo viste?

Hubiese seguido preguntando, pero el armenio me detuvo.

—Tranquilo, vaquero. Fue una casualidad, un día, echando un cigarrillo en la puerta, pasó y me echó una mirada que no me gustó, como si me analizara de pies a cabeza. Pero pasó de largo y desapareció. —Hizo una pausa—. Pero al cabo de unos días me fijé... Ya te he dicho que nunca olvido una cara, y menos cuando me mira mal... Como te decía, unos días después me fijé que volvía a pasar. Y eso se ha ido repitiendo semana tras semana hasta hoy. Y aunque no me agrada que se pasee por aquí, lo cierto es que le resté importancia. Deduje que se trataba de alguien nuevo en la ciudad, alguien que no tenía controlado, que se había trasladado al barrio e iba y venía del trabajo o algo por el estilo.

Asentí, comprendiendo la explicación y creyendo lo que Tigran me contaba,

en aquel momento no parecía querer venderme nada. Estaba siendo un auténtico testigo ocular.

—¿Has visto algo raro en él?

—Ver, no, ha sido más la sensación que me da cada vez que lo veo. No me gusta, el brillo en sus ojos no es natural. Es un tipo peligroso.

—Lo es, y mucho.

—No era una pregunta.

Tigran no era un ingenuo. A pesar de no controlar nada más que su negocio, era una buena fuente de información y, además, tenía la habilidad de enterarse de todo sin tener que salir de su pequeño local. Por decirlo de algún modo, tenía tablas.

—¿Has llegado a hablar con él?

Titubeó, como si no quisiera decirlo. Sin embargo, respondió:

—Sí, un momento. Me preguntó por un arma de la guerra.

«Interesante», pensé.

—¿Y qué respondiste?

—Aunque te cueste aceptarlo, le dije la verdad, que no tenía nada de la guerra. Solo los tarados y los ricos les interesa comprar cosas de la guerra — espetó con desprecio—. Le quise ofrecer más cosas, pero fue como si solo le interesase esa arma.

Me froté la barbilla mal rasurada.

—¿Sabes cuando suele pasar por aquí?

Sacudió la cabeza negativamente.

—De pasar, pasa, pero nunca sé en que momento. Además, siempre no estoy pendiente de él, como comprenderás.

Asentí y mi mirada se perdió en cuanto me rodeaba. No observaba nada en particular, solo dejaba que mi cabeza pensara como afrontar los nuevos descubrimientos. Entonces, Tigran me soltó una pregunta que me descolocó:

—¿Es el que está matando a los críos, verdad?

Lo miré en silencio, atónito. ¿Cómo podía hilar tan fino el maldito armenio?

Asentí, no perdía nada haciéndolo partícipe de ese hecho que seguro que ya corría por las calles.

Entonces el rostro del prestamista se transformó por completo. Desapareció su perenne sonrisa y un brillo apareció en sus ojos. Por primera vez desde que lo

conocía, vi el rostro más sincero de Tigran. Ahora no hablaba el comerciante, sino el hombre, la persona.

—Quédate en la tienda todo el tiempo que necesites. —Con la cabeza señaló hacia atrás—. Si te escondes tras la puerta de la trastienda tienes una buena visión de la calle sin que nadie sepa que estás aquí. Tarde o temprano pasará por aquí. Solo tienes que esperar.

Sus palabras me estaban sorprendiendo.

—¿Y esta ayuda desinteresada? —pregunté.

—Puedo soportar muchos males de esta sociedad. Muchas veces incluso acepto que yo soy uno de ellos. Pero no pienso permitir que un asesino tarado aterrorice la ciudad, y haré cuanto pueda por sacarlos de estas calles... De mis calles.

Eso era Venecia en estado puro. Una panda de desarrapados venidos de todo el mundo y que siempre se estaban peleando entre ellos, pero cuando llegaba un forastero y atacaba a la Serenísimas, más valía que se calzara, porque la ciudad se abalanzaría sobre él. La Nonna me lo había demostrado hacía unos días al prestarme a sus chicos para hacer de anzuelos y, ahora, Tigran me ofrecía montar guardia en su tienda. A pesar de todo, me gustaba pertenecer a un lugar como aquel, puede que fuera una mierda y que ya no tuviera las virtudes de su mejor época, pero seguía siendo una comunidad.

Ante ese gesto solo pude decir:

—Gracias.

Tras ponerme en contacto con Ingrid y explicarle mi conversación con Tigran y, lo más importante, el resultado, le dije que informara a Orseolo de la situación, una vez más, ella demostró el vínculo que nos unía.

—Ten cuidado, Val —dijo sinceramente preocupada.

—Lo tendré.

Me despedí de ella y me oculté en la trastienda de Tigran.

Durante el tiempo que permanecí allí, el armenio fue un pródigo anfitrión. Me llevó bebida y comida y procuró que, a pesar de todo, estuviera cómodo. Incluso durante la noche, cuando me trajo mantas y cojines para que me tumbara de tal

modo que no me perdiera nada de lo que sucedía en la calle.

Como podéis suponer, la vigilancia es una tarea tediosa y muy, muy dura, ya que, en cualquier momento, te ataca el cansancio y te despistas. Pero me negué en caer en esa debilidad, tenía un objetivo y, por primera vez, sentía que estaba muy cerca de él. Otras veces la euforia me había llevado a confundirme con la realidad, pero ahora era cierto que solo debía esperar a que sucediera.

Además, por si fuera poco, recurrí a la Nonna para que me prestara uno de sus chicos, que solo tendría que pasearse por la plazoleta frente a la tienda de Tigran para atraer a nuestro escurridizo sospechoso. El cazador se convertiría en presa en un abrir y cerrar de ojos. Solo tenía que esperar.

Tres días permanecí escondido de cuclillas en la trastienda de Tigran, y otras tres noches dormí en su incómodo suelo. Lo cierto es que fue realmente duro y más cuando pensaba que, una vez más, me estaba equivocando de estrategia. Vi pasar a mucha gente, yendo de un lado para otro de la plazoleta, pero nadie que me interesase ni lo más mínimo.

—No te preocupes, pasará —me aseguraba con sinceridad una vez tras otra el armenio, sobre todo cuando lo miraba desconfiado.

Sin embargo, a media mañana del cuarto día, cuando el chico de la Nonna había regresado a su casa y mientras yo me tomaba un café sentado en una caja de plástico y espiaba la calle de reajo desde detrás de la puerta, lo vi.

Paseaba tranquilamente como cualquier hijo de vecino que ha ido a hacer la compra, llevaba un cesto del que asomaban unas verduras.

—¡Joder, es él!

Por un instante no supe qué hacer, Tigran apareció en la trastienda y me dijo lo que ya sabía.

—Lo sé, lo sé, tenías toda la razón, Tigran.

Me puse la gabardina y el sombrero a toda prisa y, sin olvidarme de mi arma, salí a la calle como alma que lleva el diablo.

Sin llegar a correr pero con paso rápido me situé tras él mientras me ordenaba las ideas, pensando en cómo debía actuar.

«Podría pegarle un tiro por la espalda», me dije, pero ese no era mi estilo, así que hice lo que Valentine Corso haría: lo correcto.

Antes de que saliera de la plazoleta y sin desenfundar mi arma pero sintiéndola a mi espalda, clavé mis pies en el suelo y exclamé:

—¡Rick Markham! ¡Detente!

Al oír su nombre, él se detuvo abruptamente, pero lo que realmente hizo que se girara para encararse conmigo fue lo que añadí a continuación:

—Por fin te encuentro, hijo de puta.

Giró sobre sus talones y con la misma sonrisa que lo había visto la última vez, me observó con la cabeza un tanto ladeada. Seguía tan trastornado como siempre. Sin embargo, su expresión de sorpresa era auténtica, realmente no se esperaba encontrarme allí.

—Menuda sorpresa, Corso, no esperaba verte aquí.

Me encogí de hombros.

—Bueno, es lo que tiene que vengas a mi ciudad.

—¿Tu ciudad? —preguntó con sorna.

Sabía que aquellas preguntas para entablar una conversación que no llevaba a nada solo eran por la necesidad de ganar tiempo. Vi como por el rabillo del ojo Markham miraba a su alrededor buscando, con total seguridad, opciones de salida.

—Sí, y no eres bienvenido.

Aunque en apariencia parecía relajado, todo mi cuerpo estaba en tensión y notaba como transpiraba de pies a cabeza, a pesar de la brisa que corría por las callejuelas de la Serenísima.

Sonrió y, en un abrir y cerrar de ojos, hizo lo que me temía. Casi a cámara lenta vi como soltaba el cesto que llevaba en la mano y lo dejaba caer sin preocuparse de su contenido, para salir corriendo antes de que tocara el suelo.

Lo sabía. Sabía que ese era su siguiente paso, pero como ya dije, la velocidad no es lo mío, pero no tenía alternativa. Me impulsé con mis piernas y salí dando largas zancadas tras él, a la vez que espetaba:

—¡Mierda!

10

Justo antes de desaparecer tras Markham, tuve un instante para mirar a Tigran, que me observaba desde la puerta de su negocio y exclamar:

—Llama a Ingrid, ella sabrá que hacer.

Y sin esperar respuesta, focalicé toda mi energía en intentar seguir el ritmo al que una vez fuera mi compañero y que ahora perseguía como el asesino en serie que, en realidad, siempre había sido, porque sabía que lo más difícil estaba por venir.

Sin embargo, tras unos pocos segundos de persecución me di cuenta de dos cosas. La primera era que la acción, al menos cuando se trata de correr como un condenado, no era lo mío; en realidad ya lo sabía, pero escuchar mis propios resoplidos extenuados afianzó esa creencia. Y la segunda era que no todo estaba perdido.

A pesar de que hacía meses que recorría Venecia a hurtadillas para cometer sus crímenes, Markham estaba dejando claro que no conocía la ciudad. Para huir de mí, en lugar de buscar los callejones y los recovecos de las plazas y los canales, siempre iba hacia calles anchas, pero llenas de gente que, irremediablemente, lo frenaban. Por lo que sí el tenía la ventaja de la velocidad, yo tenía la de conocer el terreno en el que nos enfrentábamos.

Al cabo de poco rato de esquivar a la gente sobre la que nos abalanzábamos como posesos, uno intentando desaparecer y el otro intentando atrapar al primero, nos vimos abocados a cruzar el Gran Canal por el Rialto. Sí, así de poco eficiente estaba siendo la huida de Rick Markham.

«Si seguimos así, acabaremos en San Marco», me dije entre jadeos.

Y no me equivoqué, ya que como todo forastero en la Serenísima, el camino guiaba a los transeúntes ingenuos hacia el corazón de la ciudad, dejando el resto para los venecianos de verdad, o, al menos, a los que la conocían en profundidad... como un servidor.

A pesar de que me ganaba en altura y era rápido, en ningún momento perdí de vista a Markham, y vi como todo el rato iba girándose para asegurarse de si lo seguía o no. Y, muy a su pesar, ahí estaba yo. La desesperación era visible en su rostro, por lo que no me sorprendió cuando, de repente, sacó un arma del interior

de su chaqueta.

Me temí lo peor. Que cogiera un rehén o que disparara al azar al primero que se le cruzara en el camino. Pero, por fortuna, solo se detuvo un instante y disparó al aire. Y con la detonación también estalló el pánico. La gente agachó la cabeza y se alejó cuanto pudo, pero la calle, a pesar de ser de las más amplias de la ciudad, en realidad era estrecha —como todas las de Venecia— y la mayoría de las personas quedaron arremolinadas en las terrazas de los restaurantes y en las entradas de las tiendas. Solo hubo una persona que no hizo nada y se quedó ahí, plantada con los pies firmes en el suelo: yo.

Todavía no habían sonado las campanas que anunciaban el mediodía, pero poco faltaba.

Markham clavó sus pupilas en las mías. Ambos sabíamos que había llegado el momento.

A lo lejos se oían las sirenas de la policía que intentaban acercarse al lugar, mientras que de fondo se oía el murmullo de la gente que nos rodeaba. Era como si todo el mundo fuera consciente de la importancia de aquel instante.

A pesar de estar en una de las calles más concurridas de Venecia, el silencio se apoderó de todo cuanto nos rodeaba. Solo una tos nerviosa, el llanto de un bebé rápidamente enmudecido por una madre o los susurros ahogados del inesperado público lo quebraban, aunque en realidad le daban mayor dramatismo a aquel instante.

En un gesto rápido e instintivo me deshice de la gabardina que, al soltarla, salió volando llevada por el viento.

A una veintena de metros vi como Markham sonreía complacido, como si al descubrir mi presencia en la ciudad en la que se había afincado cómodamente, viera su sueño cumplido de enfrentarse conmigo al fin.

Mi rostro permaneció impasible. No pretendía delatarme frente a él. Tenía una firme convicción de lo que había ido a hacer allí al salir a su encuentro.

Lentamente, pero con seguridad, separé las piernas para que formaran una V invertida y separé los brazos de mi cuerpo, poniendo en tensión el derecho para concentrar toda mi energía en su movimiento. Mi vida dependía de ello.

Al mismo tiempo y a la misma velocidad pausada, Markham bajó su arma y la enfundó de nuevo en la cartuchera que colgaba de su axila izquierda. Sonreía. Para él, todo aquello no era más que un juego, del que se creía claramente

vencedor.

—¿Seguro que estás listo para esto, Corso?

No reaccioné a su provocación, solo asentí con un leve gesto de mi cabeza.

—¿Listo para perder otra vez?

Otra provocación. Sabía que debía mantenerme frío para no cometer ningún error.

—Esta vez no te permitiré que te vayas —dije con tono firme.

—¿Dejarme? —preguntó con sorna y soltó una carcajada—. Nunca me dejaste ir, yo me escapé

Sabía lo que había ocurrido cinco años atrás, nadie me haría dudar de que fui yo el que por mi inacción permití que se escapara. Markham seguía jugando a su juego, quería que cayera en su trampa y cometiera un error.

—Simple semántica, Rick.

Él se encogió de hombros con el mismo tono burlesco.

—Puede, pero el caso es que hace cinco años me escabullí frente a tus narices.

—Pero ahora el destino nos ha unido de nuevo para que pueda acabar contigo —repliqué.

Envalentonado por sentirse superior soltó una sonora carcajada que me erizó la piel y provocó que alguien soltara un grito de terror.

—No te atreverás —dijo insistiendo en mi falta de valor—. ¡No tendrás los cojones de apretar ese jodido gatillo para matarme! —No respondí a sus bravatas—. ¡Y si lo hicieras, serías demasiado lento para mí!

El ruido de las campanas restalló en la calle, casi como si pudiera agrietar los cimientos de la ciudad.

Saqué el arma de la parte trasera de mi pantalón, apunté y apreté el gatillo.

Solo se escuchó una detonación. Solo se había producido un disparo. ¿Había sido yo? ¿O mis sentidos moribundos me habían engañado?

A continuación, Rick Markham se desplomó bocarriba en el suelo adoquinado con la mano en la culata de su arma.

Mi corazón volvió a latir y mis pulmones cogieron aire de nuevo.

Lentamente, siendo observado por centenares de ojos, me aproximé a él.

Aunque hubiese caído, no me fiaba de que realmente estuviera muerto.

Cuando estuve a su lado golpeé su pierna con la punta de mi zapato. No se

movió.

Me acerqué y me agaché a su lado. No estaba muerto, pero era cuestión de segundos. A la altura de su pecho, justo en el esternón, una mancha redonda y casi perfecta definía el lugar en el que le había disparado.

Al verme tan cerca, sonrió y la sangre brotó de su boca, resbalando por ambas mejillas.

—Lo siento, viejo amigo, pero he estado practicando.

Sus ojos se abrieron como platos y sus pupilas se contrajeron, como si estuviera viendo las puertas del infierno ante él.

Rick Markham había muerto.

Cuando todo el circo de los *carabinieri* llegó al lugar, el inspector Orseolo — alertado por Ingrid que había sido informada por Tigran— ya se había hecho cargo de la situación. Por lo que mi presencia en lugar fue más bien breve y desaparecí en cuanto pude.

No volvería a ver a Franco hasta unas horas después, justo antes de la cena, cuando se reunió conmigo en el local de Johnny.

—¿Que haces aquí? —preguntó hasta sorprendido.

Me encogí de hombros.

—Lo que pretendía hacer cuando me fuisteis a buscar Mastroianni y tu.

Sonrió.

Di un sorbo de la copa que tenía enfrente y Johnny no tardó en llevarle una de lo mismo al inspector.

—Gracias, John. ¿Todo bien?

—Por ahora, sí.

El falso restaurador chino, porque era coreano, regresó a la cocina, que se preparaba para el servicio de la noche.

Después de varios minutos de silencio, Orseolo me preguntó:

—¿No te interesa saber como está todo el asunto de Markham?

Sacudí la cabeza.

—Lo único que me interesaba ya lo sé.

—¿Y qué es?

—Que está muerto.

No dijo nada, solo bebió de su copa.

Tosió y rio mirando el líquido que contenía.

—Bebes lo mismo.

Asentí.

—Fuerte, ¿no?

—Lo suficiente para recuperarme de este caso.

Mentía, aunque lo estaba tratando como algo que no me afectaba personalmente, aquel no había sido un caso cualquiera. Ni tan siquiera había sido un caso como tal. Sin embargo, no iba a descubrir mis cartas frente al inspector. Lo respetaba e, incluso, podía decir que era mi amigo, pero ese detalle me lo guardaría para mí. La única que tal vez descubriese algo era Ingrid, pero ese era otro tema.

Entonces, sin que yo se lo pidiera, incluso habiéndole dicho lo contrario, Orseolo empezó a hablar con el tono habitual de un policía:

—La científica ha confirmado que el arma que empuñaba el sospechoso que has abatido era la responsable de todas y cada una de las muertes que asolaban la ciudad los últimos meses. Además, por lo que han podido deducir de las pocas pruebas del caso de hace cinco años, también existen coincidencias con las marcas de algunas de las víctimas. Todo esto sumado a la intervención del cuerpo de *carabinieri*, ha hecho que, más allá de declarar cuando el juez te lo solicite, te hayas librado de cualquier tipo de cargo. Ya que, al fin y al cabo, estabas realizando tu trabajo de detective y has actuado con violencia y con un arma debido a las circunstancias a las que el sospechoso te ha obligado a llegar. —Hizo una pausa grave, de esas en las que se puede leer los pensamientos—. Por lo que has cerrado el caso que te ha atormentado todo este tiempo, Corso.

—¿Por qué dices que me ha atormentado?

—Porque este tipo de historias siempre se quedan enquistadas para recordarnos que somos falibles.

Vacíé mi vaso y busqué a Johnny para que me lo llenara de nuevo, mi amigo no tardó en cumplir, como siempre.

—Si quieres que te diga la verdad, no me ha atormentado nunca. Era como una de esas dolorosas heridas que, a pesar de que cuando piensas en ellas duelen como unas condenadas, el día a día te lleva a olvidarlas.

Asintió, me comprendía, como el buen amigo en el que se estaba convirtiendo.

Volví a beber de mi vaso y lo observé durante unos instantes a través del grueso cristal de la cristalería de Johnny. Si el coreano era uno de los pocos hombres en los que podía confiar ciegamente e Ingrid estaba fuera de toda duda, no podía más que cuestionarme la verdad sobre el inspector Orseolo.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Por supuesto —respondió sin miedo.

—Por casualidad no serás un asesino en serie, ¿verdad?

Soltó una carcajada.

—Aunque a veces tengo ganas de matar a algunas personas, el trabajo no me da tiempo para nada más que ser un buen policía.

Alcé el vaso y golpeé el suyo.

El sonido de los dos vasos llamó la atención de nuestro anfitrión. Nos observó, cogió un tercer vaso y la botella de lo mismo que estábamos tomando y vino hacia nosotros.

Con una amplia sonrisa en los labios, completamente ajeno a lo que estábamos hablando, se sentó con nosotros y nos preguntó:

—¿Por qué brindamos?

*Los casos de Valentine Corso 3: **El retorno del pasado***

Escrito por Francesc Marí

LASDAOALPLAY? Books — lasdaoalplay.com/books

Editado en Sant Joan Despí, agosto 2026

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de dichos derechos podrá ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

lasdaoalplay.com